

# La Ilustración Artística

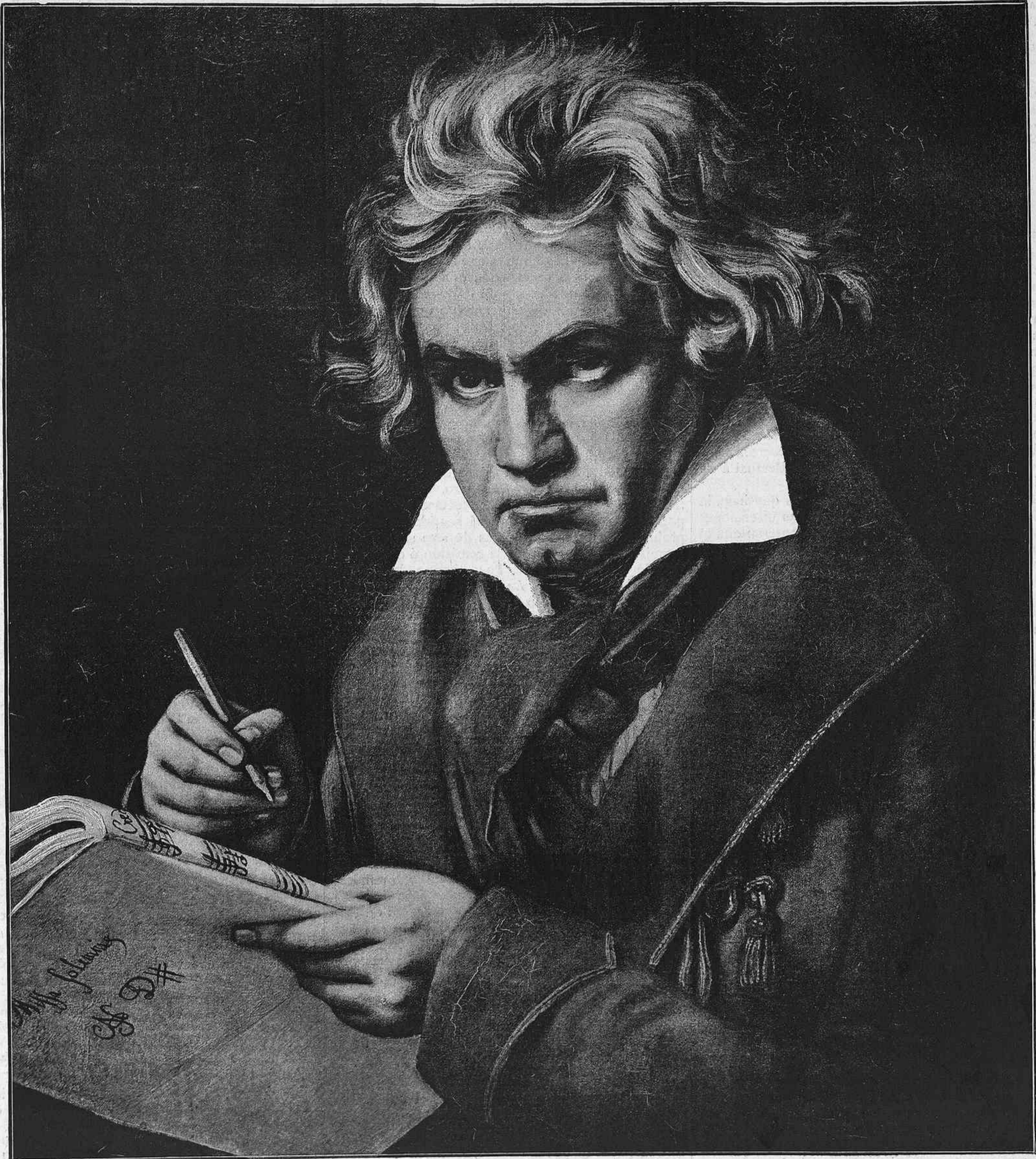


# Artística

Año XIV

← BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1895 →

Núm. 728



BEETHOVEN, copia del retrato pintado del natural por Stiele en el año 1819  
CONMEMORACIÓN DEL 125.º ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE BEETHOVEN



## SUMARIO

**Texto.** - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. Ríos Rosas*, por Eduardo Zamora y Caballero. - *La conciencia*, por F. Moreno Godino. - *La cruz milagrosa*, por Juan B. Enseñat. - *El retrato de Beethoven pintado por Stieler*. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Abandonada*, novela original de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). - *Las matanzas de cristianos en Ku-Cheng*. - *La princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha y su hijo Carlos*. - Libros enviados a esta redacción por autores ó editores.

**Grabados.** - *Beethoven*, copia del retrato pintado del natural por Stiele en el año 1819. Conmemoración del 125.º aniversario del nacimiento de Beethoven. - *Ríos Rosas*. - *La conciencia*, dibujo de N. Méndez Bringa. - *Isla de Cuba. Teatro de la guerra. Puente sobre el río Caobas en Ibarra, provincia de Matanzas, en el sitio donde se levantó la primera partida insurrecta el 24 de febrero de 1895*. (De fotografía). - *Palma de Mallorca. El polvorín de Jaime I en el Rebellin de San Fernando después de la explosión ocurrida el día 25 de noviembre último* (de fotografía del Sr. Truyols, de Palma). - *La hija de Jorio*, cuadro de Francisco Pablo Michetti que ha obtenido el gran premio internacional de 10.000 liras concedido por el municipio de Venecia. - *Ilmo. Sr. Dr. Uladislao Castellano, arzobispo de Buenos Aires*. - *M. Barthelémy de Saint-Hilaire*. - *Sir Enrique Ponsonby*. - *Min-Chiang-Chek, uno de los asesinos de los misioneros de Ku-Cheng*. - *La matanza de misioneros en Ku-Cheng. Proceso de los asesinos. La comisión internacional en sesión: uno de los presos ante el tribunal*. - *La princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha y su hijo Carlos*. - *Nueva Casa de Correos de Colombo (Ceylán)*. De fotografía.

## VERDADES Y MENTIRAS

Hace una hora que estoy contemplando las cuartillas en que debo escribir algo que con el arte se relacione, sin que á pesar de los diversos motivos, algunos interesantes, ocurridos en el mundo artístico durante el mes que termina hoy, encuentre forma para exponerlos. Son tantos y tan distintos los sucesos que solicitan la atención de quienes como yo viven la vida activísima del periodismo diario, que para lograr sustraerse, siquiera sea durante una hora, á la obsesión que ejercen escándalos como el municipal, las patéticas escenas á que da motivo la partida para Cuba de tanta juventud, catástrofes como la de Palma, que solamente un sobrehumano esfuerzo de la voluntad podría realizar el milagro de la coordinación de las ideas y de supeditar la labor intelectual á un solo asunto.

No, no es posible, por más esfuerzos que haga la voluntad, esquivar la atención á tantas disensiones apasionadas como las que á cada instante suscita el llamado asunto Cabriñana; asunto del cual habla desde el ministro á quien preocupa para encontrarle solución, hasta el desocupado concurrente al café, que golpea en el mármol de la mesa para dar más energía á sus argumentos; como no es posible leer sin sentir honda amargura los horribles detalles que de la espantosa explosión acaecida en Palma nos acaba de comunicar el telégrafo; como no es posible sustraerse á la inquietud que causa el estado de la guerra de Cuba, amén de otros sucesos de menor cuantía que en vertiginosa marcha vienen ocurriendo en esta temporada y que por unas horas ocupan la atención pública.

Bien sé que á nadie se le oculta cómo el interés del suceso más dramático no tiene larga duración, para el periodista especialmente; pero es lo cierto que al presente los sucesos son tantos y de tan extraordinaria gravedad, que si á las veinticuatro horas de ocurridos los miramos efectivamente como cosa que ha perdido el atractivo de lo nuevo, no por eso pierden interés, puesto que el misterio los envuelve y la incertidumbre los agiganta y nos los presenta de tan distintos puntos de vista cuantos son los criterios con que se juzgan. Así pues, no ha de parecer extraño á mis lectores que para dar comienzo á un artículo de arte haya escrito todo esto, que nada tiene que ver con aquella entidad, pero que tiene que ver muy directamente con el que de ella ha de ocuparse en estas páginas.

\* \*

Una cuestión interesantísima para la historia del arte español han tratado, mejor dicho, comenzaron á tratarla *El Liberal* y *La Epoca*. Es probable (y perdónenme los lectores esta nueva digresión) que no vuelva á tocarse el asunto en mucho tiempo, quizá nunca. Ahora lo que priva es la moralidad; sube la ola y alcanza tan alto que estamos á pique de ahogarnos todos. Nadie atiende, nadie oye, nadie mira más que al escándalo formidable de la cuestión del municipio madrileño. Anteayer eran las luchas can-

dentes, apasionadas, de las ideas políticas; ayer las batallas parlamentarias para sacar triunfantes personas y leyes, más ó menos adulteradas éstas, según unos, más ó menos necesarias para la vida política, según otros; hoy por la mañana la guerra de Melilla; al mediar el día la de Cuba; ahora por la noche la cuestión municipal, amenazando dar en tierra con media humanidad. He aquí lo que agita al pueblo y al periodismo y al político y á los gobernantes. ¿Qué importan el arte y la ciencia y la industria y la literatura y cuantas manifestaciones del pensamiento humano existen y puedan existir? Lo primero es el espectáculo que ofrecen las luchas personales y las venganzas, y ver cómo se desploman con estrépito altas torres, y cómo desaparecen prestigios, y cómo se pasa de un salto de la vida soñolienta, hacia la cual sienten la mayoría de los españoles adoración sin límites y que nos hace el pueblo más atrasado de Europa, al vértigo que produce el escándalo, la vista de las víctimas que la justicia arroja para que en ellas sacie sus apetitos la llamada vindicta pública. Mientras tanto las leyes beneficiosas á los intereses intelectuales del país no pasan del estado embrionario; como buenos deseos quedan en la memoria de los escasos que por ellas suspiramos y por ellas luchamos. Cuando no es por una ambición es por otra causa, desaparecen del gobierno aquellos que se prestaban á velar por el adelanto de la patria.

Debo decirlo: el actual ministro de Fomento, que quizá mañana mismo habrá dejado de ocupar aquel puesto, es uno, acaso el único de los hombres políticos que paró la atención en estos tiquis miquis de la enseñanza, de los intereses morales tan olvidados. Sabiendo el que estas líneas escribe que el Sr. Bosch acogía cuantas ideas le pareciesen viables en beneficio del arte, le propuse desde las columnas de *El Liberal*, haré de esto un mes, que estudiase el medio de poner coto á la exportación escandalosa que un ejército de chararileros y de aficionados viene haciendo de las obras de arte antiguo que existen en poder de particulares, en iglesias y conventos. Recordábale que en Italia existe una ley que prohíbe terminantemente ese tráfico, sin permiso de las autoridades competentes; que en Francia hay inspectores, uno de los cuales es Champeaux, que tienen la misión de velar por esa riqueza que significa el honor, la historia, la vida de un pueblo; que en Grecia, al igual de Italia, están en vigor disposiciones de carácter coercitivo; que en Egipto se castiga severamente al que vende al extranjero algo que tenga un valor arqueológico y artístico. Y al recordarle todo esto, le invitaba á que proyectase una ley que podría llamarse *suntuaria* en el sentido dicho de la prohibición de exportar obras de arte sin el previo permiso del gobierno ó de la comisión ó comisiones que de esto entendiesen. Poco tiempo después de publicado mi artículo, *La Epoca*, haciéndose cargo de lo dicho y copiando párrafos de mi humilde trabajo, dirigía al Sr. Bosch la misma excitación y concluía acariciando la esperanza de que al cabo se adoptaría una medida en asunto tan interesante.

Porque es una gran vergüenza mirar en las colecciones particulares y en los Museos públicos de Francia, de Inglaterra y de otros pueblos extrañas joyas españolas que cada una de ellas representa una página de la historia de nuestro poderío moral y material en otros siglos. Es verdaderamente doloroso ver allá de los Pirineos, allá del canal de la Mancha, al otro lado del Océano, en la tierra yankee, la joya que perteneciera al héroe, á la dama ilustre, al rey batallador, al prelado sapientísimo, á la familia emparentada con los reyes de la España medioeval; joyas que son producto de aquellos orfeves, de aquellos tallistas, de aquellos forjadores, de aquellos escultores y pintores que interpretaban el sentimiento religioso y guerrero de la España de la reconquista, de la España de Carlos V, de la España agonizante de Felipe IV y Carlos II, de esa España que aun sus últimos alientos los dedica á grabar en los anales de la humanidad su nombre por medio de las letras y de las artes, como lo grabara con su espada en San Quintín, en Lepanto y en Pavía.

Aún quedan en esta tierra donde viviera un día el arte, y las suntuarias especialmente, en un apogeo no igualado por pueblo alguno, reliquias, restos grandiosos, páginas bellísimas de nuestro modo de ser social, de nuestro espíritu creador, de nuestras empresas coronadas por la gloria, que deben conservarse como conserva el anciano la hoja seca de la flor primera que el amor puso en sus manos. Y así como amamos el pueblo, la aldea, el hogar donde corrieron los días de nuestra niñez, y en los de nuestra virilidad ó en los de nuestra ancianidad miramos con emoción no explicable cuanto más honda el retablo de la ruinosa iglesia á la cual íbamos con nuestros padres, y la efigie del santo patrono, y el lienzo

de la *Dolorosa* que pendía sobre la cabecera de la cama de nuestra madre, y la vieja mesa de roble que con la plata de la vajilla heredáramos de nuestros antepasados, así también es menester que el pueblo ame aquellas reliquias que le recuerdan sus héroes y sus glorias, sus triunfos y sus angustias, sus esperanzas y sus luchas, y que al propio tiempo educan su sentido estético y le elevan á las regiones donde reinan la serenidad absoluta, lo abstracto, lo inmutable, lo que no perece nunca.

Ya es tiempo de salir del estado de indiferentismo en que nos encontramos los españoles para todas estas cosas que son la vida del espíritu; y porque así lo entendían los articulistas de *La Epoca* y *El Liberal* dirigieron su voz á quien venía mostrando, *¡rara avis!*, desde las alturas del gobierno amor hacia ellas y conocimiento de su importancia. Mas quedóse la campaña en pro de la constitución de Museos de arte cristiano, de Museos de artes suntuarias, etc., como la que se comenzara en favor de la ley á que vengo haciendo referencia, como se quedarán las iniciativas del Sr. Bosch, olvidadas para siempre. Porque vendrán nuevos ministros y con ellos la rutina política, no ideas nuevas; pues no es patrimonio de la generalidad de los mortales, y menos de los mortales que se preocupan del bien de la patria desde la poltrona ministerial y desde los escaños del Congreso, el don de tener ideas nuevas. Pedirle peras al olmo es lo mismo exactamente que pedir al hombre político español (salvo contadísimas, ¡ay, tan contadas!, excepciones) que piense un poco, que estudie algo más, que observe un mucho y que calle, para en vez de saliva gastar células grises; en vez de preocuparse de personas y de leyes más ó menos políticas de que estamos sobradísimos, se ocupe de poner en condiciones para la vida moderna al obrero, al industrial, al hombre de ciencia.

No, no me forjo ilusiones; seguiremos como hasta aquí, dejando nuestra riqueza artística é histórica en manos de los chararileros y aficionados que con ella trafican, y las páginas de la historia nacional que representan todas y cada una de esas armas, muebles, joyas, libros, cuadros, tapices, se esparcirán por los ámbitos del mundo, llevadas hasta allí por la codicia de los traficantes, por la indolencia de estos gobiernos y la ignorancia de este pueblo que ahora ensordece los aires con sus voces en favor de la moralidad administrativa, sirviendo de instrumento de venganza á políticos contra políticos. Pueden, sí, dormir tranquilos en la impunidad esos acaparadores de riquezas que pertenecen á una nación y que son pedazos de su alma; con ellos no reza la campaña que en favor de la moral hemos emprendido. Lo primero es moralizar en la oposición; después, cuando se alcance el poder deseado... ¡No parece sino que la historia no nos enseña nada!

\* \*

Pero ¡por Dios!, ó he perdido la noción de lo que entendemos por moral, ó aquí estamos siendo actores y espectadores de un algo grotesco que causara risa si no tuviese tantos aspectos tristes. ¿Dónde está la moral de un Estado que tiene sumidos en la desesperación que causa la miseria á los maestros de instrucción primaria? ¿Dónde está la moral de un Estado que no se cuida para nada de poner en condiciones para la vida moderna á nuestros artesanos, nuestros obreros, nuestros industriales proporcionándoles una educación que esa vida exige? ¿Dónde está la moral de un Estado que deja que lo que de nuestro pasado nos resta, base de nuestro presente, ya se hunda en el polvo el monumento, á impulso del tiempo y de la rapiña del cacique que se aprovecha de la piedra, del ladrillo, de los herrajes, ya por el siniestro cual la casa de la Infanta en Zaragoza, ya por la ignorancia de las autoridades? ¿Dónde, en fin, está la moral de un Estado que olvida?..

Iba á decir algo que me parece más inmoral que el robo mismo, que el asesinato. ¡Alto! No hablemos más de esto, porque surgen las ideas y los recuerdos y los nombres de muchos hombres que fueron y que son. Pudiera interpretarse el que recordase aquí cuáles épocas fueron las más florecientes para las artes, para el adelanto intelectual, para su expansión material; ahí están los Médicis, ahí está la señoría de Venecia, ahí está la Francia de Luis XIV, ahí están otros pueblos en días en que el magnate, el villano, el purpurado, el rey, el burgués vivían en la orgía, en el escándalo, en la exacción, en el robo.

Hablaré otro día de la moral como medio ambiente para la producción material é intelectual. Después de todo, es un tema interesante y de actualidad. Y daré gusto á los señores.

R. BALSA DE LA VEGA





## SEMBLANZA

¡Cayó, como la piedra en la laguna,  
con rudo golpe en la insondable fosa!  
Ya no levantará tormenta alguna  
su elocuencia, vibrando en la tribuna,  
brillante, como el rayo, y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana,  
tan costosa, tan mísera y tan vana!..  
Ayer grandeza y entusiasmo y ruido,  
hoy tributo de lágrimas, mañana  
hondo silencio y soledad y olvido.

Con estas admirables estrofas, que más bien que escritas, parecen esculpidas por el buril de artista incomparable, comenzaba Núñez de Arce, el primero de los poetas españoles del siglo XIX, la composición que dedicó a la muerte del insigne tribuno.

Nos encontramos ya en el mañana y Ríos Rosas yace en el olvido. Es la triste suerte de los oradores.

Como los cantantes y los cómicos, cuando el eco de su voz se extingue, su obra desaparece.

Es verdad que los discursos se imprimen. Pero ¿quién se cuida de leerlos?

Los eruditos rebuscan y guardan los que se refieren a temas científicos, literarios ó históricos, porque éstos conservan todo su interés. Son obras de consulta en que la elocuencia es lo de menos, y lo que importa, que es el fondo, vive siempre.

Mas los discursos políticos mueren con el que los pronuncia, y muchas veces antes, porque mueren en cuanto pasa la situación que los produjo.

El que hoy se tomara el trabajo de buscar entre el farrago inmenso del *Diario de las sesiones* todos los que pronunció Ríos Rosas, y los leyera uno por uno, quedaría enterado de las palabras que dijo, pero no le conocería como orador parlamentario.

Ríos Rosas era el hombre de las tempestades, que provocaba con su palabra y dominaba con su elocuencia. Suprimiendo la tempestad, aquellos arranques tribunicios son frases vacías de sentido. El trueno, que es sublime cuando retumba en las montañas, en cuyas altas cimas chocan las nubes cargadas de electricidad, se convierte en un ruido incómodo cuando se produce en el teatro por la combinación de un maquinista. En el primer caso sobrecoge y aterriza; en el segundo hace reír.

Para apreciar un discurso político y comprender su efecto, es necesario reproducir la situación en que fué pronunciado, y esto no se consigue fácilmente.

\* \*

Ríos Rosas tenía tres condiciones características. Era tribuno elocuentísimo, gobernante integérrimo y hombre de mal genio.

Había nacido en Ronda, provincia de Málaga; pero a diferencia de casi todos los andaluces, ni contaba chascarrillos, ni decía chistes. Nunca cultivó la nota cómica. Si alguna vez empleaba la ironía, pronto la trocaba en sarcasmo, y siempre acababa por convertirla en golpe contundente.

Como la dirección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA pide para esta sección del periódico semblanzas y no biografías, he de prescindir de los hechos de su vida para fijarme en los rasgos que pintan su carácter y retratan su persona. Sin embargo, no podré menos de decir que siguió con lucimiento la carrera de abogado; tomó parte desde muy joven en las luchas políticas; fué muchas veces diputado; perteneció al partido moderado; figuró en la disidencia llamada de los puritanos; combatió con la palabra y con la pluma al gabinete del conde de San Luis; aceptó la cartera de Gobernación en el ministerio metralla, que sólo duró tres días, en los cuales combatió á cañonazos la sublevación de los progresistas en las calles de Madrid; fué en las Cortes Constituyentes de 1854 á 1856 uno de los fundadores del Centro parlamenta-

rio, de donde nació la unión liberal; volvió á ser ministro con O'Donnell á la caída de Espartero; desempeñó la embajada de Roma; presidió varias veces el Congreso; transigió con la revolución de Septiembre, formando parte de la comisión que redactó la Constitución de 1869, y murió en 1873, cuando el Sr. Castelar presidía el gobierno de la República.

\* \*

Su carácter era verdaderamente indomable.

Cuando al juzgar los acontecimientos de la noche de San Daniel apostrofó á la guardia civil diciendo: «¡Miserables instrumentos que han deshonrado el uniforme!», la mayoría en masa se levantó indignada pidiendo: «¡Que se escriban esas palabras!» Él, dominando el tumulto con su voz de trueno, gritaba más que todos: «¡Que se escriban! ¡Y si no fueran más pediría que se esculpiesen!»

Esto de no retirar, ni explicar palabras que habían salido de sus labios, era en él un sistema.

Jamás, ni las amonestaciones del presidente, ni los ruegos de los amigos, ni los gritos de una mayoría amotinada le hicieron retroceder ni cantar la palinodia.

Precisamente en esos momentos era cuando se crecía, rugía como un león, sacudía la melena, y con aquella voz tonante que parecía hecha ex profeso para hacerse oír en medio de la tempestad, lanzaba esos apóstrofes que han quedado grabados en la memoria de todos.

\* \*

Valiente sobre toda ponderación, no siendo espadachín ni duelista, porque no sabía manejar ningún arma, aceptaba todos los duelos que se le proponían, importándole poco que fuesen á sable ó á pistola.

El más famoso de los que sostuvo fué con González Bravo.

Pedíale éste explicaciones sobre el párrafo de un discurso en que tronaba contra la inmoralidad de un gobierno de que formó parte, suponiendo que hablaba sólo de inmoralidad política.

— Yo no doy patentes de honra, interrumpió Ríos Rosas.

González Bravo no tenía nada de sufrido; provocó el duelo y recibió un balazo que le tuvo muchos días entre la vida y la muerte.

\* \*

Cuando hablaba, lo hacía siempre moviéndose de un lado para otro, lo cual hizo que se le comparase con una fiera que se revolvió en su jaula.

En cierta ocasión D. Cándido Nocedal, que tenía mucho ingenio, se entretenía en comentar á media voz el discurso que estaba pronunciando.

Molestaron á D. Antonio aquellas interrupciones, y como atraído por ellas, se fué acercando al interruptor, y al llegar á su lado le dijo, entre el asombro de todos:

— Si vuelve V. S. á interrumpirme, lo agarro y lo tiro en medio del hemiciclo.

Nocedal, que era frío y sereno como pocos, se limitó á contestar encogiéndose de hombros:

— Eso no es hemiciclo.

\* \*

En las Constituyentes de la revolución tuvo uno de esos movimientos de desdén, que son para el que los sufre lo mismo que un latigazo.

Había hecho no sé qué afirmación, y un diputado de los del montón anónimo le interrumpió diciendo: «Es mentira.»

Ríos Rosas con los puños crispados atravesó la sala, llegó adonde estaba el que había dicho aquella grosería, le miró de arriba á abajo, como si no supiera

qué hacer con él, y de pronto le volvió la espalda exclamando: «No conozco á ese hombre.»

Y volviendo á su puesto, continuó hablando como si tal cosa.

\* \*

Uno de los ministros republicanos hacíase cargo de que en las Cortes de la República no había más que cuatro ó cinco diputados monárquicos, Ríos Rosas, León y Castillo, Romero Robledo, Esteban Collantes y no sé si Romero Ortiz, y reputaba por locura que tan escasa hueste pretendiera restaurar la monarquía.

— Con dos ruedas anda un carro, contestó Ríos Rosas.

\* \*

La tarea sería interminable si hubiera de citar todas las frases felicísimas que pronunció en su vida. Citaré para terminar nada más que una.

Cuando después de la caída de la unión liberal, el último ministerio Narváez entró por la senda de una reacción desenfadada, D. Antonio, como presidente del Congreso, quiso ver al jefe del gobierno, para protestar del propósito, ya público, de prender y deterrar á todos los diputados de la mayoría.

Era de noche, Narváez estaba indispuerto y le recibió en la cama.

No se sabe lo que ocurrió en aquella conferencia, aunque bien puede presumirse conociendo el genio irascible de los dos interlocutores.

Ríos Rosas permaneció poco tiempo en la presidencia. Salió malhumorado, y al reunirse con su amigo D. Mauricio López Roberts, que le esperaba en la calle, hubo éste de preguntarle, deseando conocer sus impresiones:

— ¿Qué opina usted? ¿Qué le ha parecido Narváez?

— ¿Qué quiere usted que me parezca un tirano con gorro de dormir?

En la madrugada del día siguiente, el mismo Ríos Rosas era conducido por la guardia civil á las prisiones militares, desde donde salió para el destierro.

\* \*

De buena figura, sin ser demasiado alto, recio y de complexión robusta, moreno, con el pelo negro y los ojos grandes y expresivos, todo era en él varonil y enérgico. Extremadamente limpio y cuidadoso de su ropa, jamás se le veía una mota y siempre parecía que acababa de salir de un escarpate.

No hay que hablar de su honradez, que ha llegado á ser proverbial. Cuando en una sesión famosa exclamaba: «Yo puedo flotar porque no llevo peso en los bolsillos,» todos sabían que decía la verdad. Aquel hombre que había ocupado las más altas posiciones, que nunca tuvo vicios y vivió modestamente, murió dejando por todo capital 15 pesetas.

La nación le costó suntuosos funerales. El eminente tribuno que á la sazón presidía el gobierno de la República, se honró á sí mismo honrando el cadáver de su noble adversario.

\* \*

Ríos Rosas murió como había vivido: cristiano, valeroso y caballero.

Atacado de enfermedad crónica, al experimentar á media noche uno de sus accesos, comprendió que sería el último. Llamó á la única criada que le servía, la mandó encender dos velas delante de un crucifijo y salir inmediatamente en busca de un confesor.

Cuando llegó el sacerdote, el gran orador, sentado en el lecho, recitaba con voz entera la recomendación del alma. Una hora después había dejado de existir.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO



## LA CONCIENCIA

(CUENTO FANTÁSTICO CAMPESTRE)

Petrilla estaba muy triste. Desde que avanzó el otoño, su madre había caído enferma de una parálisis. El médico del pueblo decía que ésta sería pasajera y que la *tía Guiñeta* se repondría con una buena alimentación y con beber algún que otro traguito de vino. Pero ¿cómo conseguir esto si madre é hija eran más pobres que dos ratas? Cuando ambas estaban buenas buscábanse la vida trabajando á todo lo que las salía: la madre lavaba la ropa á algunos mozos sin familia y cogía esparto y aceituna, ayudada por su hija; pero con la enfermedad entraron en la casa la perturbación y la extrema miseria.

¡Buenas estaban ellas para alimentarse bien, cuando apenas podían procurarse unas puches de almortas!

Hasta el tiempo había sido cómplice en su desgracia: hacía quince días que llovía casi sin cesar.

Petrilla iba á cumplir catorce años, pero representaba más; pues estaba alta y muy espigada. Era muy buena y quería á su madre entrañablemente.

Un día apenas comieron: el siguiente amaneció por fin claro y con un sol hermoso. La muchacha, aguijoneada por el hambre, salió de su choza, situada en los alrededores de Perales de Tajuña, ó sea Belmonte de Tajo, para pedir limosna en el pueblo. Caminaba por una sendita que conduce á éste, descorazonada, porque el pueblo es pobre y sus habitantes poco pueden dar. Cerca de la senda por la que iba la muchacha, había una casucha aislada que era una fragua de herraduras, pero á la sazón estaba cerrada, porque el herrero hallábase enfermo en el hospital del pueblo. Petrilla pasó por detrás del edificio y se detuvo como fascinada.

¿Por qué?

Satanás llevó á Jesús á lo alto de la montaña, y desde allí le enseñó todos los países de la tierra con su rica é inmensa variedad, diciéndole: «Todo eso será tuyo si me reconoces,» y el futuro Redentor experimentó una fascinación tentadora: pues bien; aunque sea inoportuno comparar las cosas infinitamente grandes con las pequeñas, diré yo que la fascinación de Petrilla fué en pequeño tan grande como la del Divino Salvador del género humano. Detrás de la casucha había un tendedero de ropa, y colgada de una cuerda una liebre muerta. ¿Quién la había puesto allí, á merced del primero que pasara? No me atrevo á creer que el mismo espíritu maligno que condujo á Jesús á la montaña.

Lo cierto es que la liebre estaba allí: liebre mayúscula, magnífica y fresca como una rosa de mayo. La muchacha detúvose ante ella, sintiendo la sensación del hambre, y el hambre la indujo á hacer el siguiente monólogo mental: «¡Si fuese mía esta liebre! ¡Qué hermosa es! La guisaría y nos la comeríamos mi pobrecita madre y yo. Aún ha quedado algún pan, y con esto y con los caracoles que cogería en la barranca de la cambrona nos chuparíamos los dedos de gusto... Pero la liebre no es mía, y es un pecado coger lo ajeno... ¡Si estuviera en el suelo! Pero cuando está colgada es porque alguien la ha puesto ahí... Pero ¡qué hermosa es, y qué ricamente huele! ¡Qué bien le vendría á mi madre para cobrar fuerzas!.. ¡Si yo me la llevara!.. El campo está solo y nadie me vería... Me vería Dios y hasta lo adivinaría el señor cura...»

Y mientras pensaba esto, la muchacha poníase á intervalos pálida y colorada. Quería marcharse, pero un poder sobrenatural la clavaba á la tierra. Por fin venció en ella la tentación, miró recelosa hacia todas partes, rompió violentamente la cuerda por la que estaba sujeta la liebre, tomola y se alejó azorada de aquel sitio: tan azorada, que en vez de volverse hacia su casa, comenzó casi á correr á campo traviesa.

Al pasar junto á un ribacito oyó ladridos de perros, que no la sobresaltaron, porque los conocía, pero sí un hombre que vio á lo lejos y que á ella parecíola que la miraba. No había tal cosa: aquel hombre, que era un cazador muy bien trajeado, observaba las evoluciones de un hurón que se asomaba á una madriguera; pero la conciencia hacía temerosa á Petrilla.

Fuése aproximando el ruido de los ladridos, con satisfacción de la muchacha, que buscaba algo que la distrajera de su azoramiento, y los que se acercaban eran unos perros amigos suyos.

El administrador de la condesa de M... habitaba una hermosa casa situada en las afueras del pueblo de Belmonte. Era cazador y tenía dos perros perdigueros, pachones, uno de ellos de dos narices, que atendían á los nombres de Canelo y Tigre, alusivos al color de la piel de cada uno de ellos. Desde la vez primera que los perros y Petrilla se encontraron en

el campo, lo que acontecía con frecuencia, sintieron mutua simpatía. Eran aquéllos jóvenes y por lo tanto alegres y juguetones, y era de ver lo que acariciaban á la muchacha: poníanla las manos en los hombros, la lamían, correteaban en torno de ella, tanto que á veces tenía que tirarse al suelo para dar expansión á las muestras de cariño de sus amigos caninos. No sólo se la encontraban, sino que parecía que la buscaban, cuando no ejercían sus funciones en compañía de su amo.

Petrilla, pues, vió con alegría acercarse á sus amigos y hasta pensó colgarles el muerto, esto es, la liebre, si era sorprendida por alguien; pero ¡cosa rara!, y aquí entra la parte providencial ó maravillosa de este relato, Tigre y Canelo se presentaron sobre el ribazo, pero no corrieron, como de costumbre, al encuentro de su amiga, sino que permanecieron á distancia, ladrándola en ademán hostil.

Llamólos Petrilla y adelantóse hacia ellos, pero ellos retrocedían sin cesar de ladrar. ¡Aquello era inaudito! ¿Se asustarían de la liebre muerta? Pero ¿cómo, cuando ellos habían matado tantas?

El desvío y hostilidad de los perros azararon más á la muchacha. Parecía que sus amigos la reprochaban la mala acción que acababa de cometer: tal vez imaginó que aquéllos eran alguaciles del pueblo disfrazados. ¡Qué sé yo lo que pensaría! Lo cierto es que comenzó á correr inconscientemente. Los perros la siguieron ladrando durante unos minutos, y desaparecieron en un barrancal. Petrilla, acosada por su conciencia, siguió corriendo, metióse por la cañada del pueblo de Valdelaguna, que dista un cuarto de legua del de Belmonte de Tajo, sin darse cuenta del peligro que corría, porque la cañada está llena de víboras, y es arriesgado atravesarla, desnudo de pie y pierna, como estaba la pobre muchacha. Afortunadamente salió ilesta de aquel paso. El cansancio de la subida obligóla á detenerse rendida, y se echó al suelo, golpeándole febrilmente con la liebre que llevaba en la mano. ¡Qué sabía ella lo que hacía!

Aquí encajaba como de molde un párrafo de moral cristiana, probando la bondad y conveniencia de la religión; pero me limitaré á decir que Petrilla era tan buena y honrada como su madre la *tía Guiñeta*, á la que debía tan buenos ejemplos, y que ambas habían aprovechado la sana doctrina que recomendaba desde el púlpito el virtuoso cura párroco del pueblo.

La muchacha, tocada por Dios en el corazón, miraba como fascinada al cuerpo de su falta: esto es, á la liebre, y ¡espejismos de la conciencia!, ya no la encontraba tan grande y tan fresca. Permaneció algunos instantes pensativa, y se levantó del suelo con el ademán de las grandes resoluciones. Más serena interiormente, desanduvo lo andado, que no había sido poco, y se dirigió hacia la fragua.

De repente oyó ruido y vió dos perros que atravesaban rápidamente por delante de ella: eran Canelo y Tigre, que como de costumbre, se perseguían en locas carreras y que no la vieron ó no quisieron verla.

Petrilla los siguió con la vista, contristada por aquella indiferencia. ¡Qué contraste!, antes los cariñosos animales la olfateaban desde larga distancia.

Llegó junto á la fragua, que continuaba cerrada, por la parte frontera, y detúvose contrariada, porque en un poyo que había al lado de la puerta estaba sentado un hombre. La muchacha avanzó con precaución, y le conoció: era un mendigo de la comarca, á quien llamaban el *tío Guedejas*, porque las llevaba muy largas.

El pobre dormía, y Petrilla, sin ser vista, torció el ángulo de paredes que formaba la fragua. Llegó á la parte trasera, en donde estaba el tenderete para ropa; buscó en el suelo los pedazos de cuerda que ella había roto para desatar la liebre, y con ellos volvió á colgarla en el mismo sitio de donde la había tomado.

¡Oh, la conciencia!

Pero descargada la de la pobre muchacha, que habíala servido como de acial contra el hambre, volvió á sentir ésta intensamente. Suspiró, echó una postera mirada á la liebre, que volvió á parecerle grande, dulce y sabrosa. Antes de ir al pueblo á pedir limosna, ó al barrancal de los cambrones á coger caracoles, determinó volver á su casa, por si su madre la necesitaba. Cuando se dirigía hacia aquella sintió un recelo; quizá el *tío Guedejas*, cuando se despertara, pasaría por detrás de la fragua y se llevaría la liebre. Asaltóla esta idea, pero se encogió de hombros como pensando: ¡Bah, yo no soy responsable de las malas acciones de los demás!

Cuando llegó á corta distancia de su casa, vió que salía de ella el cura párroco del pueblo de Belmonte, acompañado de un chicuelo que en la iglesia ejercía de monaguillo y que llevaba una canasta sobre

la cabeza. Sobresaltóse Petrilla. ¿Habría sucedido algo á su madre? Corrió hacia el cura, besóle humildemente la mano, mientras le preguntaba con ansiedad:

— Señor cura, ¿ha pasado algo en mi casa?

— No debías dejar sola á tu madre, contestóle el buen párroco. Gracias á que estaba entornada la puerta y hemos podido entrar...

— Pero ¿ha pasado algo?, insistió la muchacha.

— Nada malo. Hoy es 15 de octubre, día de Santa Teresa, y la señora condesa celebra su fiesta onomástica, como buena cristiana, socorriendo á los pobres. Vé pronto á tu casa y remedia á tu madre, que está muy débil.

Petrilla no comprendió la palabra *onomástica*, pero sí que el señor cura le anunciaba alguna nueva feliz. Llegó á su casa, abrió la puerta, que estaba entornada, vió á su madre en la cama con los ojos muy animados, y vió sobre una mesa larga y estrecha que había en el cuarto un pedazo de carne de vaca que bien pesaría dos kilogramos, otro de cecina gallega, un capacho de aceitunas, una bota bastante grande de vino, sin boca, llena por supuesto, y un queso manchego de regulares dimensiones: todo esto estaba sobre la mesa para alegre asombro de Petrilla, asombro que ascendió á paroxismo cuando al alzar el queso (al que era muy aficionada) para olerle, hallóse debajo cinco pesetas nuevecitas con el busto de Alfonso XIII.

Apoderóse un vértigo de la muchacha y rompió á bailar unas seguidillas manchegas frente á la mesa en donde había tantas maravillas, bien así como el canibal que danza en torno de la presa humana que va á devorar. Interrumpió su expansión su madre pidiéndole algo que comer, porque se moría de hambre. Partió la Petrilla un pedazo de queso, pero ella no quiso tomar nada: era sibarita y pensaba hacer las cosas en regla. Encendió lumbre en el hogar, que estaba en el suelo, según costumbre lugareña, y cuando se hallaba en cuclillas atizando los leños y arreglando los sarmientos sintió dos manos que se posaban en sus hombros, haciéndola hocar. Volvióse asustada y se topó de manos á boca con Tigre, uno de sus amigos los perros, que como de costumbre la buscaba la cara para lamérsela. Al propio tiempo oyó ruido en el cuarto de su madre, acudió y vió á Canelo que se había subido á la cama de la enferma para jugar y acariciarla...

¡Qué feliz fué Petrilla aquel día! Reconciliada con su conciencia y con sus amigos, y bien comida, se acostó y durmió como una archiduquesa.

Soñó que agarrada á Tigre y Canelo atravesaba volando por un jardín muy hermoso.

El jardín de la vida en la juventud.

F. MORENO GODINO

## LA CRUZ MILAGROSA

(TRADICIÓN HISPANO-AMERICANA)

La ciudad de Corrientes, tan comprometida en recientes sucesos revolucionarios; la sexta en importancia de la República Argentina, fundada en 1588 por un sobrino del Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, de nombre Alonso Vera, apodado por los indios el *Tupí*; capital de la provincia que ocupa en aquella nación el quinto rango por el número de sus habitantes, que se eleva á más de 150.000 sumando los de sus veintidós departamentos, cuyo territorio abarca en junto 1182 leguas cuadradas; situada en la confluencia de los caudalosos ríos Paraná y Paraguay, á 230 leguas de Buenos Aires por línea telegráfica; de aspecto antiguo, con sus anchos pórticos en las casas; de activo movimiento con sus 18 á 20.000 almas; llamada *Taraguy* por los indígenas y San Juan de Vera por los españoles en un principio, cambió luego este nombre por el de Siete Corrientes, del cual proviene el que hoy conserva.

A media legua de la ciudad y á poca distancia del campo santo, llama la atención del viajero una tosca cruz de madera, al pie de la cual se lee esta inscripción:

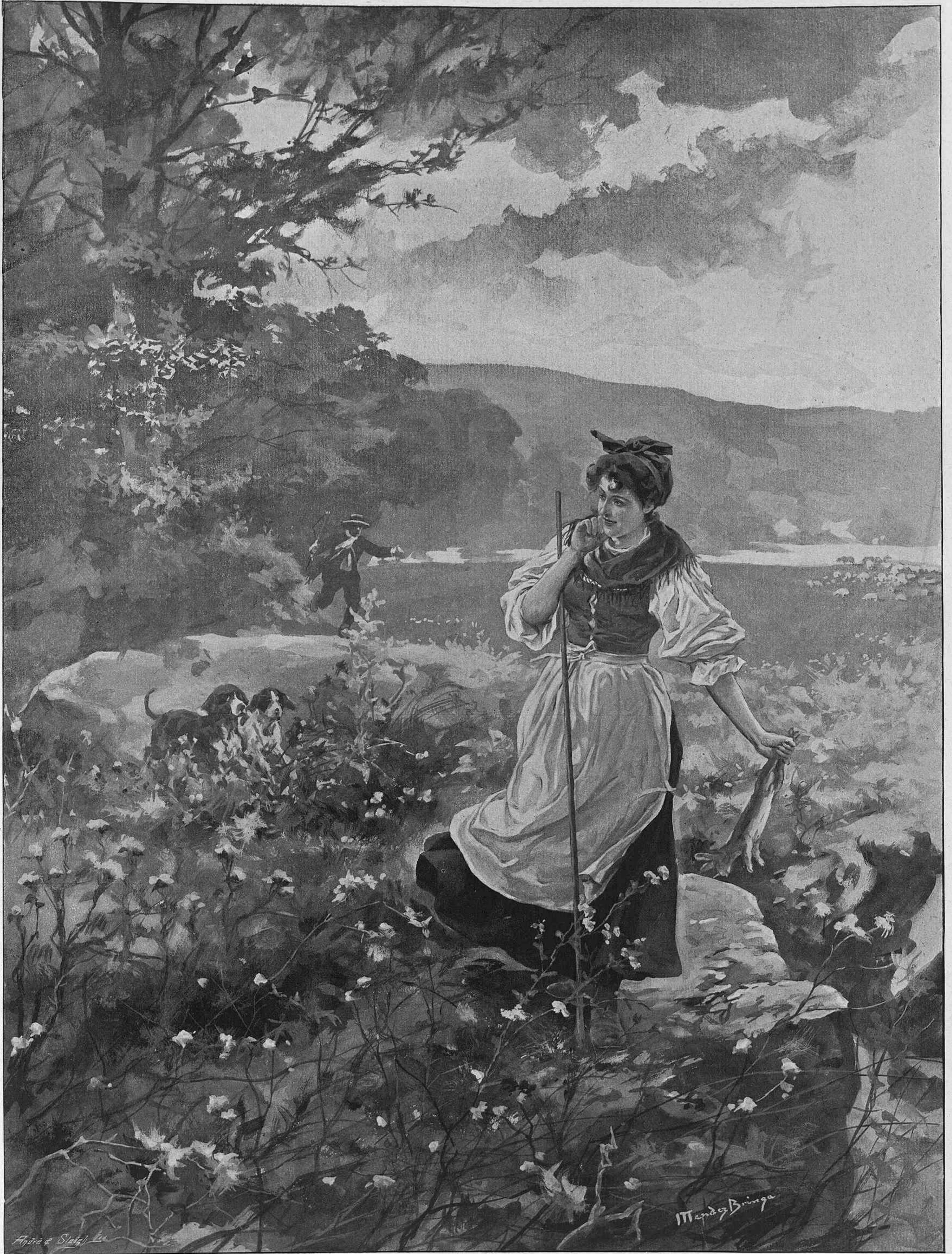
EL PUEBLO DE CORRIENTES, EN GRATITUD AL TODO-PODEROSO POR SU PROTECCIÓN Á LOS PRIMEROS COLONOS EN EL MEMORABLE 3 DE ABRIL DE 1558.

Cada año, en el expresado día, salen en procesión á visitar la cruz el clero, el gobierno, el Consejo municipal y la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad.

¿Cuál es el milagro á que la inscripción se refiere y cuyos aniversarios con tanto fervor se solemnizan? Si no las crónicas, la tradición lo cuenta de este modo:

A fines de marzo de 1558 desembarcaron en un lugar llamado Arazati, media legua más abajo del sitio que hoy ocupa Corrientes, el capitán Héctor Ro-





LA CONCIENCIA, dibujo de N. Méndez Bringa  
(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)



dríguez y ochenta compañeros españoles, procedentes de la Asunción del Paraguay y enviados por el cuarto y último Adelantado del Río de la Plata, Juan Torres de Vera y Aragón, al objeto de reprimir á las turbulentas tribus Caracará, Deyalasta y Ebiraya, las más guerreras de Guarany, y buscar un punto ventajoso para la fundación de una ciudad.

Era un terreno accidentado, con áridas colonias, donde se divisaban algunos oasis de umbrías espesas y frondosos valles bordados de enmarañados bosques en las márgenes del río, y llenos de palmeras y laureles, de lapachos y algarrobos, de urundayas y cedros y de otros árboles preciosos por su rica madera ó por sus sabrosos frutos, á cuya sombra corrían frescos manantiales de agua cristalina.

Los españoles, divididos en facciones de á diez hombres, reconocieron pronto el terreno hasta algunas leguas hacia el interior, desde donde divisaron ya montañas más elevadas é indicios de una vegetación más poderosa. Pero no juzgaron prudente separarse demasiado del río, único camino abierto y explorado en aquella inmensa región. Establecieron su pobre campamento en Arazati, y el capitán hizo la distribución conveniente de los trabajos de defensa y de conservación, utilizando las diversas aptitudes de sus subordinados. Aquellos audaces aventureros tenían que ser soldados valientes para luchar con fuerzas enemigas muy superiores en número y contra las inclemencias del clima en países desconocidos con escasez de recursos, y al mismo tiempo habían de ser obreros de todas las artes y de todos los oficios.

Los intrépidos colonizadores españoles, con la espada al cinto y el arcabuz ó la lanza al alcance de la mano, tenían que aplicarse á la corta de maderas para leña y construcción, á la fabricación de ladrillos, á los trabajos de carpintería, albañilería, herrería, sastrería, zapatería, á todas las faenas de la industria con que los hombres de paz auxilian á los de guerra en los países civilizados.

Si querían comer pan tenían que sembrar el poco grano traído de España, cosechar el trigo, improvisar molinos, amasar la harina y construir hornos para cocer el pan. Si querían resguardarse del frío, de la lluvia, del viento, del sol, tenían que hacerse ropa y habitaciones, procurándose las primeras materias más elementales para transformarlas. De suerte que necesitaban desplegar tanta actividad en las horas de paz como valor en las de desigual pelea.

El capitán Héctor Rodríguez, ya conocedor de las aptitudes de sus compañeros, destinó algunos al servicio militar de descubierta, ronda y vigilancia; otros al de provisiones, pesca, rancho, limpieza, etc., y los demás á la construcción de una fuerte empalizada alrededor del campamento para poder resistir los inminentes ataques de los indios. Concluida esta especie de muralla en torno de la improvisada ciudad de débiles tiendas de campaña, compuestas sencillamente de telas sostenidas por estacas, se colocó en el centro una cruz de madera toscamente labrada, símbolo de la fe regeneradora, así del nuevo como del viejo mundo.

De este modo se esperaba la llegada de Alonso de Vera para la elección del lugar más conveniente, y proceder con la formalidad debida á la fundación de la proyectada ciudad de San Juan.

Desde la llegada de los expedicionarios á Arazati las brigadas desplegadas en descubierta no cesaron de ver indios, ya aislados, ya reunidos en pequeños grupos ó en familias, huyendo hacia el interior, siempre en una dirección determinada. Esto era indicio de que se esperaba una concentración de tribus con propósitos nada tranquilizadores. Convenía, pues, conjurar el peligro antes de que adquiriese proporciones extraordinarias, sorprendiendo al enemigo en ocasión en que se hallaban mezclados y confundidos los guerreros con las mujeres y los niños, faltos quizá de sus mejores jefes, y seguramente en número menor y sin el acuerdo y preparativos que tendrían, sin duda, antes de que transcurriera mucho tiempo. Pero siendo una temeridad lanzarse con un puñado de hombres á campo descubierto en busca de su enemigo, acaso formidable por su número y acaso invencible por las posiciones que ocupara, el capitán Rodríguez comisionó á un indio guarany, sumamente adicto á los españoles y que formaba entre los mejores soldados de la expedición, para que fuese á adquirir los informes que necesitaba para determinar su conducta.

Mangosé, que así se llamaba el paraguayano convertido, tenía, según la tradición afirma, la fidelidad del perro, la astucia del zorro, la prudencia de la serpiente, el oído de la liebre, la vista del águila, el valor del león y el entendimiento del hombre. Cuando el crepúsculo cesó de emitir sus melancólicos resplandores, despojóse Mangosé de sus armas y ropas, cuidan-

do de no conservar reliquia sospechosa de extranjería; se atavió á la usanza indígena y partió cautelosamente á desempeñar su difícil cometido.

El 31 de marzo, por la tarde, ya estaba de regreso el espía. Contó al capitán Héctor que en Itati, cerca de las Moloyas, cadena de lagunas que cubren una superficie de diez leguas cuadradas, había encontrado inmensa muchedumbre de indios en actitud de guerra contra los invasores; que del país de los tigres (Yaguareté-Corá) habían acudido absolutamente todos los habitantes, así como de Murucuyá, de la selva de Pay-Ubre, del lago Iberá, de Caa-Caati, del Mocoretá, del Aruay y hasta del Guayquiraró habían concurrido las tribus de Caracará, Deyalasta y Ebiraya, en virtud de emisarios mandados por los caciques Canindeyú y Aguará, á instancias de los Guaycurrús del Chaco, que en gran número habían pasado el Paraná con sus flotillas de canoas. En junta de caciques se había acordado dejar á las mujeres y á los niños en los bosques, y marchar muy pronto sigilosamente para caer de improviso sobre los extranjeros, *hijos del diablo*, y exterminarlos de una vez. El espía se manifestaba inquieto por haber visto muchos indios procedentes de Aruay (agua de los valientes), guerreros Charrúas que tenían fama de valerosos é intrépidos.

Concluida su relación, el soldado paraguayano fué á orar arrodillado al pie de la cruz alzada en medio del campamento, como si una voz interior le advirtiese que eran contadas las horas de vida que le quedaban.

A los primeros albores del día 3 de abril, los centinelas de Arazati dieron la voz de alarma, viendo los alrededores como inundados de indios. Parecían más numerosos de lo que eran en realidad, porque cada tribu estaba separada de las otras al mando de su respectivo caudillo, y porque, á causa sin duda de acuerdo tomado en consejo de guerra, los individuos de cada tribu estaban algo apartados entre sí, como para intimidar con las proporciones del ejército sitiador.

De todos modos, la lucha no podía ser más desigual; la resistencia hubiera parecido inútil á otros menos acostumbrados á no reparar en el número ni en la calidad de los enemigos. Eran más de quince mil indios contra ochenta españoles.

Pero ¿no habían triunfado en Lambaré, cincuenta y dos años antes, trescientos españoles al mando de Juan de Ayolas, de más de sesenta mil guaraníes? Pues un puñado de aquellos mismos aventureros de Ayolas, ¿no obligó á rendirse á cuarenta mil guerreros, dirigidos por el poderoso cacique Nandú-Guazú-Rubicha, obligándoles además, por un artículo de la capitulación, á trabajar en la fundación de la capital del Paraguay?

¿Acaso no podían imitar los españoles en el Río de la Plata las proezas casi inverosímiles de los conquistadores de Méjico y del Perú?

Héctor Rodríguez, viendo la proximidad del ataque, dirigió una fervorosa plegaria al santo símbolo de la redención cristiana, en el que le pareció ver la inscripción del famoso lábaro de Constantino: *In hoc signo vincis*.

«Compañeros, gritó con solemne acento, pidamos á Nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la victoria ó nos abra las puertas de una dichosa eternidad! ¡De rodillas un momento, y á la defensa después con serenidad y valor!»

Los ochenta colonizadores se postraron silenciosos y reverentemente ante el ara de la cruz. Al cabo de algunos minutos de religioso recogimiento, comenzó á caer en el cercado una lluvia de piedras y de flechas.

No había momento que perder. Mientras unos indios hostilizaran con armas arrojadas, otros acercaban haces de leña menuda á la empalizada con objeto de incendiarla; lo que pudieron retardar con sus disparos los sitiados, pero no impedirlo. Pronto se vieron éstos cercados de una muralla de fuego, que por el momento los defendía, pero que muy luego les había de dejar en descubierto.

El capitán español aprovechó la oportunidad de hacer una salida con la mitad de su gente por el lugar más fácil de franquearse el paso, y cogiendo desprevenidos y sumamente próximos á los indios, que en la confusión no podían hacer uso de sus armas sin ofenderse á sí mismos, les causó una horrible mortandad, sin costarle la vida de un solo hombre. Cuando se extinguió el incendio, los españoles, estrechados por todas partes, fueron poco á poco retrocediendo, aunque batiéndose con heroico ardimiento, hasta quedar agrupados en torno de la cruz.

Parecía que allí se animaban de un vigor sobrenatural, con el que una, dos y tres veces rechazaron á los enemigos hasta gran distancia.

Los caciques comprendieron la necesidad de que-

mar á todo trance aquellas tablas simbólicas que restauraban las fuerzas de los sitiados y les infundían invencible valor. Pero cuantas veces intentaron quemar la cruz, otras tantas fueron rechazados con grandes pérdidas, lo que les llenaba de confusión y de supersticioso miedo.

Y mientras que el suelo estaba cubierto de cadáveres indios, ni un solo español había sucumbido á sus heridas.

Por fin, llenas de terror, las tribus de los alrededores del lago Iberá se retiraron á la desbandada, creyendo que los duendes de las islas y de los esteros de su comarca estaban de parte de los españoles. Casi todos los Charrúas habían perecido por su afán de distinguirse en el combate. Los Guaycurrús también se retiraron, ya rendidos de fatiga, y las demás tribus cesaron asimismo de hostilizar á los colonizadores.

Viendo éstos que en realidad había cesado el peligro, se arrodillaron de nuevo en acción de gracias ante la cruz, toso madero y misterioso agente de aquel prodigio.

En esta actitud los encontraron los indios que con hojas de palmera *yatay* en señal de paz, llegaron del campamento enemigo.

Eran los caciques Canideyú y Aguará, que en vista del milagro venían á deponer las armas, á someterse con seis mil de su gente y á pedir con humildad la regeneración del bautismo.

JUAN B. ENSEÑAT

## EL RETRATO DE BEETHOVEN

PINTADO POR STIELER

La litografía que ha reproducido y popularizado este retrato, que publicamos con motivo del 125.º aniversario del nacimiento de Beethoven, lleva la siguiente inscripción: «*L. v. Beethoven. Copia del retrato original de Stieler, único á quien Beethoven quiso servir de modelo. El original está en poder de la señora Spohr, condesa de Sauerma.*»

Lo de «único á quien quiso servir de modelo» no es rigurosamente exacto, puesto que el inmortal compositor consintió varias veces que distintos artistas y aun simples aficionados copiaran sus rasgos fisonómicos para reproducirlos en grabados, miniaturas, cuadros al óleo, mascarillas, medallones y bustos. Lo que sí es cierto es que para nadie más que para su amigo, el célebre pintor de las cortes de Baviera y de Austria, Carlos Stieler, quiso someterse al tormento de *poser* durante varias horas seguidas y en muchas sesiones. «Nunca — dijo al pintor, con motivo de este retrato — he querido hasta ahora servir de modelo, ni volveré jamás á prestarme á esta tarea tan pesada, aburrida y fatigosa.»

Sabido es que Beethoven, que tantos dones recibiera de la naturaleza, poseía escaso caudal de paciencia. Cuando en 1812 el constructor de pianos vienés Streicher quiso colocar el busto del gran músico en su salón de conciertos, encargó al escultor Klein que sacara una mascarilla de su rostro: la primera tentativa fracasó porque Beethoven se resistió á la prueba, y sólo á la segunda pudo obtenerse la célebre máscara que ha conservado á la posteridad la fisonomía del autor de la *Pastoral* y que sirve para contrastar la mayor ó menor semejanza de sus retratos.

En cierta ocasión había prometido una sesión al grabador Hofel, el cual se presentó en su casa con su correspondiente plancha: colocó el maestro, pero á los cinco minutos se levantó, sentóse al piano y con gran desesperación de Hofel se puso á fantasear. Afortunadamente un criado de Beethoven sacó de apuros al grabador, diciéndole que podía acercarse al piano y trabajar descansadamente, pues su amo enfrascado en sus improvisaciones ni siquiera advertiría que hubiese alguien á su lado. Así lo hizo, y terminada su obra se marchó sin que Beethoven reparara en él.

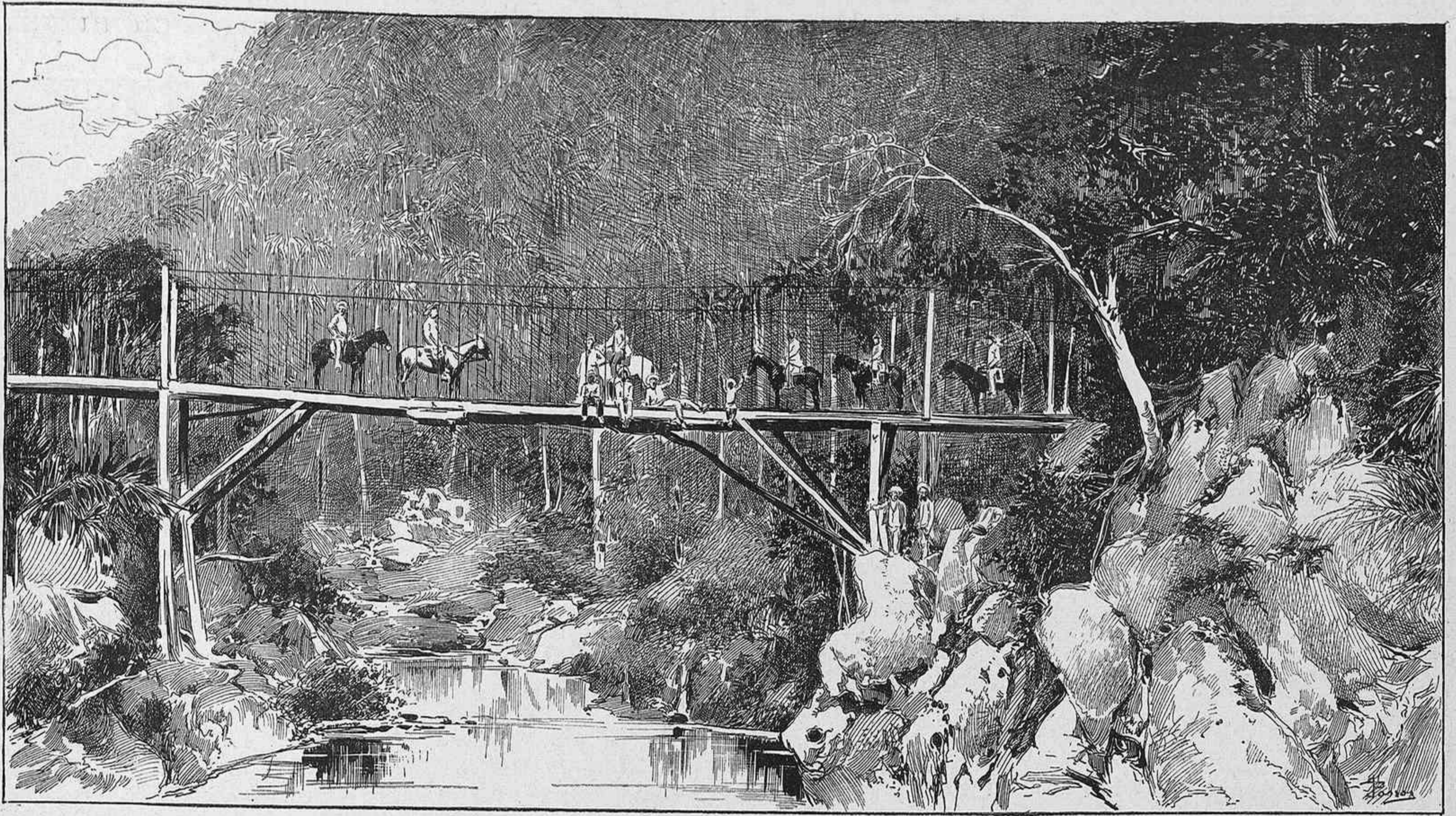
Los pintores Klover y Schimon, que le retrataron en 1818 y 1819, hubieron de sorprenderle en sus paseos por el campo para observarle sin ser vistos. Sin embargo, Schimon consiguió de Beethoven que le permitiera instalar el caballete junto á su despacho y pintar á su antojo, pero sin molestarle haciéndole *poser*. El artista pudo realizar su propósito: únicamente le faltaba reproducir la mirada, «que presentaba toda una escala de expresiones, desde la de salvaje rebeldía hasta la de dulce afabilidad;» y á fin de completar su obra, aceptó la invitación que varias veces le había dirigido el compositor de que le acompañara á tomar café, pudiendo de esta suerte terminar el retrato.

Para el que hizo el vienés Waldmuller en 1823 no pudo resistir más que una sesión, y el artista no tuvo más remedio que pintarlo de memoria.

No le sucedió lo mismo á Stieler: para él, el pintor más famoso de cuantos solicitaban retratarle, fué Beethoven verdaderamente pródigo en concederle el tesoro que más apreciaba, el tiempo. Al principio negóse en absoluto á los deseos del artista; pero intervinieron varias personas á quienes el compositor debía bastantes favores, y al fin hubo de consentir. Un día, en el verano de 1819, presentóse en el taller de Stieler diciéndole: «Ya sabrá usted que tengo que dejarme retratar. Aquí me tiene usted, pues.» El pintor puso manos á la obra y el modelo se prestó á serlo hasta el fin.

Tal es la historia del retrato que reproducimos y que por todas estas circunstancias es con razón considerado como el mejor y de más exacto parecido de cuantos se conocen de Beethoven. Tenía éste, cuando aquél se hizo, cuarenta y nueve años, y la frescura de su cara, en la que aparecen señales de las viruelas, contrasta con las canas de su abundante y enmarañada cabellera. Sus ojos, de mirada profunda, que confirma lo que antes hemos dicho acerca de su expresión, parecen fijarse en algo que está fuera del mundo material, como recogiendo inspiraciones para la *Misa solemne* que está escribiendo. Beethoven exigió este último detalle: el pintor hubo de inmortalizar á la vez que la imagen de aquel genio musical la que éste consideraba como su *meior obra*. — X.



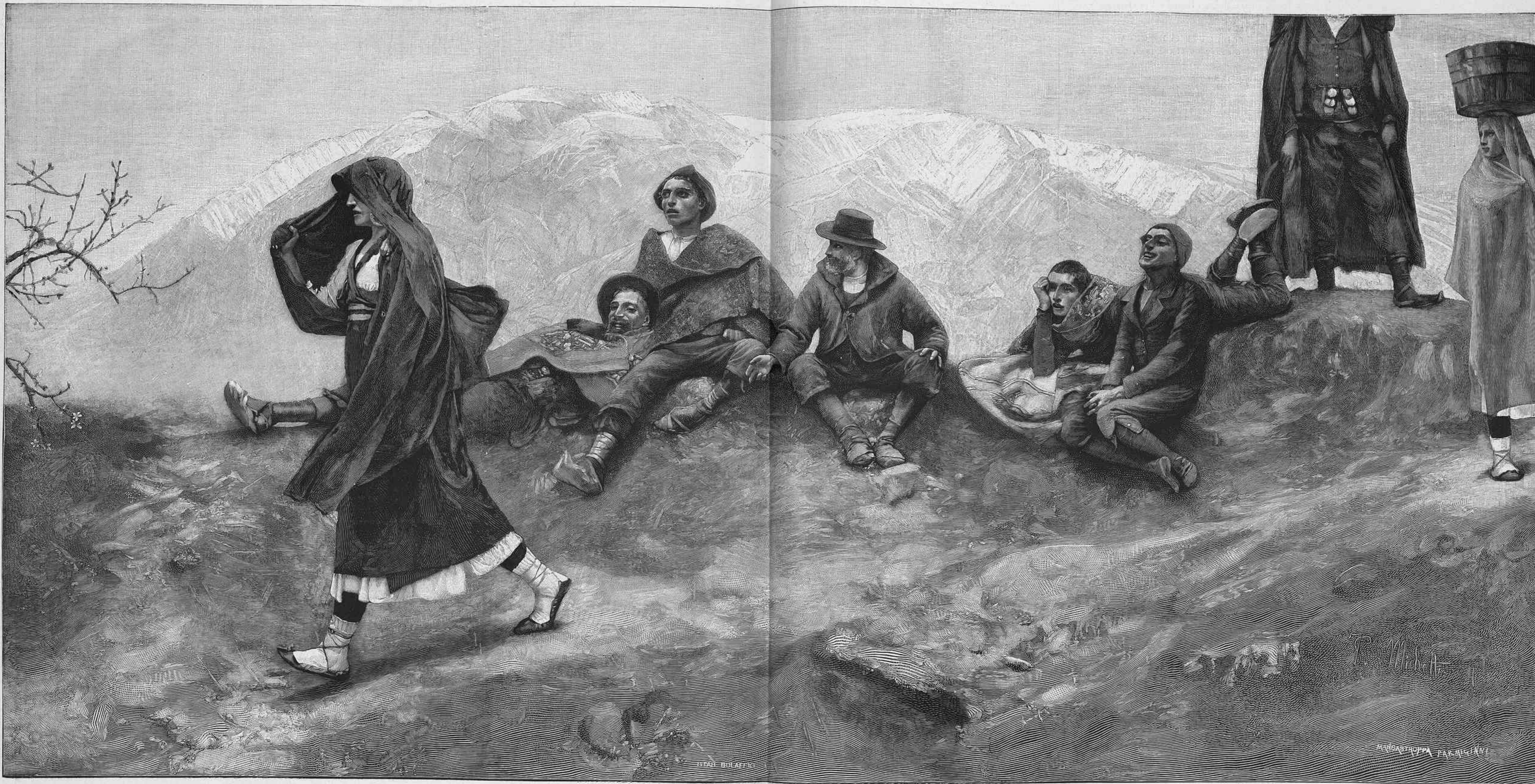


ISLA DE CUBA. - TEATRO DE LA GUERRA. - PUENTE SOBRE EL RÍO CAOBAS EN IBARRA, PROVINCIA DE MATANZAS,  
EN EL SITIO DONDE SE LEVANTÓ LA PRIMERA PARTIDA INSURRECTA EL 24 DE FEBRERO DE 1895  
(Copia de una fotografía)



PALMA DE MALLORCA - EL POLVORÍN DE JAIME I EN EL REBELLÓN DE SAN FERNANDO DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN OCURRIDA EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO  
(De fotografía del Sr. Truyols, de Palma)





LA HIJA DE JORIO, CUADRO DE FRANCISCO PABLO MICHETTI QUE HA OBTENIDO EL GRAN PREMIO INTERNACIONAL DE 10.000 LIRAS CONCEDIDO POR EL MUNICIPIO DE VENEZIA

LA HIJA DE JORIO es una muchacha del Abruzzo que ha faltado á sus deberes de joven honrada.

En la aldea, donde todavía no han penetrado las costumbres libres y la moral fácil y acomodaticia de la ciudad, todos se apartan de la mujer deshonrada, como si llevase consigo la peste. Y ella vaga como la sombra del remordimiento y de la vergüenza por los agrestes collados, huyendo del contacto de sus paisanos. Ninguna mujer se atrevería á ser su amiga; ningún hombre quisiera que sus deudos lo viesen hablando con aquella excomulgada.

Cierta día acierta á pasar por junto á un grupo de aldeanos que descansan en la cima de una loma. Pasa rápida como el viento, con el rostro casi oculto por el largo manto; pero no dejan de llegar á sus oídos palabras crueles, frases sarcásticas y amargas, risas irónicas, tajantes como cuchillos. Y su boca se contrae de desesperación, y el perfil de su rostro, que se columbra, muestra el mayor desconsuelo.

Cada uno de los circunstantes tiene una expresión, un carácter particular, especial. En el fondo una muchacha, una doncella de blanco velo, contempla asombrada, casi con estupefacción, á aquella mujer audaz que aún se atreve á presentarse en público después de haber deshonrado la aldea con su falta. Más arriba, un hombre en actitud hostil, cuyo semblante austero se adivina más bien que se ve, porque la originalidad del pintor lo ha dejado imaginar en la austeridad de su continente. A continuación una cara de aldeano joven y burlón, que ríe estúpidamente y suelta al paso de la hija de Jorio una palabra maisonante. Junto á él otro 'ovencillo la mira con extrañeza, como si viera un fenómeno, una cosa rara, preguntándose á sí mismo cómo se atreve á presentarse entre cristianos aquella desvergonzada.

Tan sólo un viejo tiene compasión de ella.

— ¡Dejadla tranquila! — parece estar diciendo. — ¡Jesucristo perdonó también á la Magdalena!

Pero su vecino no le escucha; el joven, que estaba enamorado y quizás lo esté aún, contempla el fugitivo perfil de la impura con espantosa fijeza. Tiene contraídas las facciones; de su boca sale un vituperio, una expresión amarga, ¡una maldición! ¡Qué dolor tan vivo en aquella cara, qué ira, qué desprecio; pero al mismo tiempo, cuánto amor!

A su lado, casi sobre él, tendido en el suelo, un hombre practico en las cosas del mundo y que conoce sus borrascas, envuelve á entrambos en las frases sarcásticas que salen de sus labios:

— ¡Necio, no hagas caso á esa perdida!

Y ¡cómo parecen estremecerse todos los miembros de la culpable en su oprobiosa fuga, qué espasmo se nota en sus delgados labios, qué presuroso afán por huir de aquél *Via Crucis!*

Lo cierto es que el habillísimo Michetti casi hace amar á aquella mujer desolada, porque es una mártir, porque es una perseguida, porque paga hartamente una culpa que en las montañas del robusto y pintoresco Abruzzo es casi mortal.

¿Dónde, dónde terminará la hija de Jorio su carrera que el viento impetuoso de la injuria y del odio hace vertiginosa?

¡Quizás allá, en el torrente engendrado por las nieves que se desprenden de la colina donde una planta, en medio de la crudeza invernal, ha conservado una flor para ella!

Este hermoso lienzo ha inspirado á algunos poetas que le han dedicado entusiastas composiciones; pero la mejor poesía es el cuadro en sí.



## NUESTROS GRABADOS

## LA CATÁSTROFE DE PALMA DE MALLORCA

Parece que la fatalidad pesa sobre nuestra patria: de algún tiempo a esta parte suceden en España las más terribles catástrofes, y apenas nos hemos repuesto de la impresión producida por una de ellas y antes de que se hayan cicatrizado las heridas que en el país dejara, ocurre otra mayor, que llena nuevamente de luto nuestros corazones y abre nuevas llagas en el quebrantado cuerpo de la nación española. La voladura del *Cabo Machichaco* cubre de cadáveres y de ruinas una ciudad; desbordamientos de ríos destruyen vidas y haciendas en distintas partes de la península, inutilizando en un momento la labor de años y sumiendo en repentina miseria al labrador acomodado y al hacendado pudiente; barcos que se hundían sepultan con ellos en el mar cientos de marinos, orgullo y esperanza de la patria, y guerras sangrientas abren, ora en territorio africano, ora en la cubana manigua, tumbas y más tumbas en donde se amontonan los mutilados cuerpos de nuestros valientes soldados.

A todas estas desdichas ha venido a sumarse recientemente la explosión ocurrida en Palma de Mallorca el 25 de noviembre último. A las dos de la tarde de aquel día una formidable detonación llenó de espanto a la ciudad, y pronto se supo que había volado la casilla situada junto al polvorín de las Casas del Rey D. Jaime, en donde se depositaban para ser descargados los cartuchos inútiles que del polvorín se extraían. ¿A qué describir el espectáculo que presenciaron cuantos al sitio de la ocurrencia acudieron? Basta saber que se acercan a ciento las víctimas que perdieron allí la vida para comprender lo horroroso de la catástrofe. ¿Cuál fué la causa de ésta? ¿Quién lo sabe, si los que pudieran decir algo de ella han perecido! Fácil es, sin embargo, presumirla teniendo en cuenta la clase del trabajo que se realizaba y las pocas precauciones que suelen tomar los infelices obreros a tales tareas dedicados: se trataba de la descarga de unos tres millones de antiguos cartuchos Remington inservibles, á fin de aprovechar la pólvora, el cobre y el plomo de los mismos, y una brigada de 80 individuos, en su mayor parte mujeres y niños, estaba encargada de esta faena. Un descuido, una imprudencia, una distracción hizo estallar el primer cartucho, é instantáneamente se produjo la voladura de todos los materiales explosivos allí acumulados. Se explica, pues, perfectamente el número de muertos y heridos graves que resultaron de aquel accidente.

A la magnitud del infortunio ha correspondido ahora, como en todas las desdichas análogas, la intensidad del sentimiento con que España entera se asocia al dolor de los palmesanos, sentimiento que no se limita á palabras de consuelo y de compasión, sino que se traduce en una de esas manifestaciones de la caridad con que se muestran y afirman la solidaridad de la gran familia española y la fraternidad entre las provincias, hijas todas de la misma madre. Desde Madrid enviaron á Palma los primeros socorros S. M. la Reina Regente y el marqués de Cabriñana, y no es dudoso que el ejemplo dado en la capital de España será imitado en otras ciudades de la península. En Barcelona, apenas iniciada la suscripción por una comisión de baleares aquí residentes, ha alcanzado una cifra respetable, hecho muy significativo si se tiene en cuenta que en poco tiempo y con dolorosa frecuencia se ha acudido á la filantropía de los barceloneses para socorrer grandes calamidades, á pesar de lo cual todos tienen su óbolo para aliviar una desdicha nueva.

¡Bendita sea esa virtud que enjuga tantas lágrimas de dolor y hace brotar tantas lágrimas de agradecimiento! ¡Benditos los pueblos en quienes el sentimiento de amor al hermano despierta siempre nuevas energías!

**Ilmo. Sr. Dr. Uladislao Castellano, arzobispo de Buenos Aires.**—El nuevo arzobispo de Buenos Aires, y por consiguiente el jefe de la Iglesia Argentina, nació en



ILMO. SR. DR. ULADISLAO CASTELLANO,  
arzobispo de Buenos Aires

Córdoba el día 23 de noviembre de 1834, manifestando desde muy joven su inclinación al sacerdocio, carrera que emprendió con verdadera vocación y que terminó en 1858.

Desde entonces ha desempeñado los más elevados puestos en la iglesia de Córdoba y ha figurado en diversas ocasiones en las diferentes ternas votadas para llenar las vacantes episcopales ocurridas en la República.

Hombre de imaginación clara y despejada, une á las galas de una oratoria siempre fácil y persuasiva la profundidad del concepto, patrimonio exclusivo del verdadero talento.

Su consagración tendrá lugar en breve, asegurando sus íntimos que la entereza de su carácter se dedicará especialmente á normalizar la situación católica del país hasta lograr que se reanuden las relaciones diplomáticas de la República Argentina con la Santa Sede.

## LA GUERRA DE CUBA

PUENTE SOBRE EL RÍO CAOBAS, EN IBARRA  
(provincia de Matanzas)

La historia de todas nuestras guerras civiles, así las de la península como las de Cuba, es siempre la misma en sus comienzos. Levántase en armas la primera partida, y los gobiernos con decir que se trata de un grupo de latrofaciosos ó de bandoleros se quedan ó fingen quedarse tan convencidos de que la cosa no pasará á mayores. A los pocos días el número de partidas ha aumentado, pero *carecen de armas y municiones y están mal organizadas*; al mes, los levantiscos dan más señales de vida, forman núcleos más numerosos y disponen del armamento necesario, de *sistemas antiguos*, por supuesto; á los tres meses las fuerzas rebeldes han aumentado como la espuma, y aunque se las persigue sin descanso, completan su organización y no dejan de presentar combate cuando las circunstancias les son favorables; después..., después, años y años de luchas sangrientas, millares de vidas segadas en flor y ríos de oro consumidos en la contienda. Así acaba lo que al principio se tomó poco menos que á broma. ¡Cuántos sacrificios han costado á España levantamientos de los cuales se dijo en un principio «¡Si son cuatro sacristanes!»

Tal ha sucedido en la actual guerra de Cuba. Una pequeña partida dió el 24 de febrero de este año el primer grito de *Viva Cuba libre!* en un rincón agreste de la provincia de Matanzas, en el sitio que nuestro grabado de la página 823 reproduce, y todos recordamos, y si no ahí están las colecciones de la prensa diaria para refrescarnos la memoria, cuán escasa importancia se dió á aquel movimiento y cuánta confianza manifestábase en su pronta y completa sofocación. Desgraciadamente tan halagüeñas esperanzas no se han realizado; la insurrección, que tan modestamente comenzara, ha alcanzado proporciones gravísimas, obligando á nuestra patria y á nuestros políticos á fijar toda su atención en lo que en la isla acontece y á hacer para la conservación de aquella Antilla uno de esos esfuerzos admirables y por el mundo entero admirados que demuestran el tesoro de energías que aún guarda nuestro pueblo para las grandes ocasiones.

En bien de todos hagamos votos por que la paz vuelva pronto á derramar sus bendiciones sobre nosotros y restablezca en la isla de Cuba el estado de florecimiento y prosperidad que la guerra ha venido á interrumpir.

**M. Barthelemy de Saint Hilaire.**—Este ilustre anciano, que hace un año decía «No tengo más que una enfermedad, la vejez,» ha fallecido en 24 de noviembre último, precisamente de este mal que no tiene remedio, los muchos años.

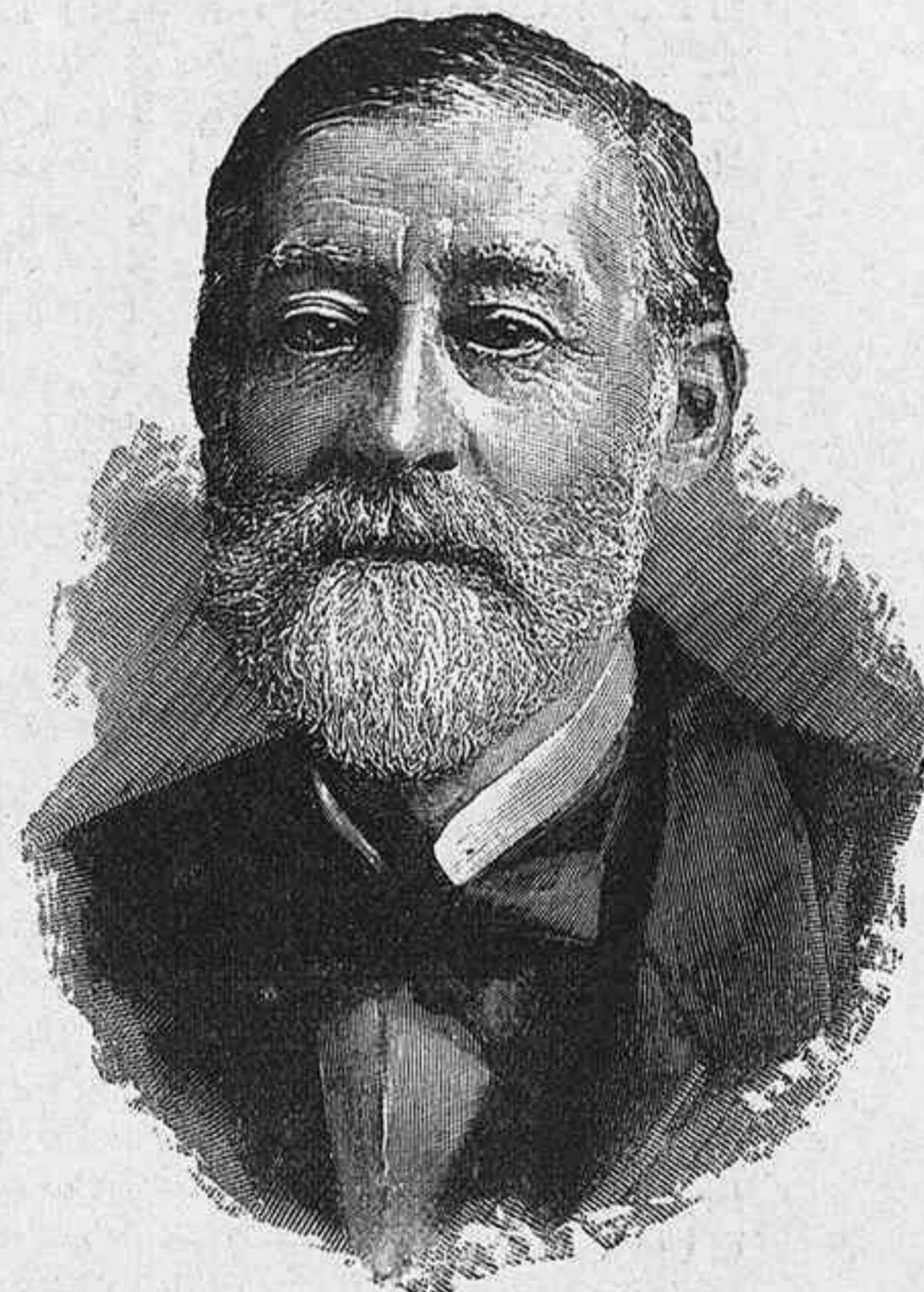


M. BARTHELEMY DE SAINT HILAIRE

Había nacido en 1805, y desde su juventud mezclóse en política, defendiendo con inquebrantable energía las ideas liberales. En 1825 afilióse al partido que acudillaba Chateaubriand contra los reaccionarios, firmó la protesta de los periodistas en 1830 y se consagró por entero á la política y á la persona de Thiers, á quien siguió en todas las circunstancias de su vida pública. Director del Colegio de Francia, abandonó aquel puesto cuando el golpe de Estado de 1851, á pesar de habersele indicado que no se le exigiría el juramento. En 1869 fué elegido diputado por Versalles, combatió el plebiscito y la guerra y fué secretario de Thiers al ser éste elevado á la presidencia de la República y continuador en el Senado de la política del mismo después de su muerte. Nombrado en 1880 ministro de Negocios extranjeros, tuvo la gloria de dirigir las negociaciones diplomáticas que dieron por resultado el protectorado de Francia en Túnez. Como literato consagró todas sus fuerzas y su inteligencia á traducir á Aristóteles, trabajo que demuestra una perseverancia y una inteligencia poco comunes. Heredó de Victor Cousin, de quien fué secretario, una parte de su biblioteca; acompañó á M. Lesseps á Suez y fué uno de los fundadores del canal, lo cual le valió una posición modesta, pero independiente, que le permitió renunciar á todo emolumento en los diferentes destinos públicos que desempeñó. Barthelemy de Saint Hilaire era miembro de la Academia Francesa y senador inamovible.

**Sir Enrique Ponsonby.**—El día 21 de noviembre último falleció en su quinta de Osborne (Inglaterra) este personaje, uno de los más antiguos y fieles servidores de la reina Victoria, de la cual era secretario particular y tesorero privado. Había nacido en Corfú en 1825, era hijo del mayor general Ponsonby y nieto del conde de Bessborough. Siguió la carrera militar, y entre sus campañas figuró la de Crimea, donde se portó valientemente en el sitio de Sebastopol, habiendo llegado al empleo de teniente coronel. A su regreso de aquella campaña entró al servicio del príncipe consorte, al cual estuvo cuatro años; á la muerte de éste, pasó á mandar un regimiento en

el Canadá y fué promovido al grado de mayor general. De vuelta en Inglaterra sucedió al general Grey en el cargo de secretario privado y tesorero de la reina, funciones en las cuales se distinguió por su inteligencia y probidad, y en la segunda de las cuales tenía que manejar más de 60.000 libras al año. Sus servicios fueron tan apreciados por su soberana que le agració con el título de caballero de la orden del Baño, des-



SIR ENRIQUE PONSONBY

pues gran cruz de esta misma orden, le nombró individuo de su Consejo privado y le regaló la quinta de Osborne para residencia de su familia. Una penosa enfermedad le obligó á solicitar su retiro á principios de este año, y en dicha quinta ha fallecido en la fecha citada.

**La nueva Casa de Correos de Colombo (Ceylán).**—Una de las principales obras ejecutadas durante el gobierno de sir Arturo Havelock en Ceylán ha sido el magnífico edificio que reproducimos, construido en Colombo según los planos de M. Tomlin y destinado á oficina general de Correos y Telégrafos. Aquella colonia inglesa ha adquirido de algunos años á esta parte un desarrollo inmenso, y de ello es buena prueba, entre otros varios, el hecho de haberse erigido para el ramo de comunicaciones un verdadero palacio como no lo tienen muchas capitales de Estados europeos, y en el cual se hallan amplia y perfectamente instalados todos los servicios de una de las más importantes ramas de la Administración pública.

## MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—**VIENA.**—En el cementerio central de Viena se erigirá en breve un monumento al célebre compositor Suppé de cuya ejecución está encargado el escultor académico Ricardo Tautenhayn.

—En el Parque Municipal se ha inaugurado un monumento á la memoria del pintor paisajista Schindler.

**Teatros.**—**Madrid.**—Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El estigma*, drama en tres actos de Echegaray, que como casi todos los de este ilustre escritor ha dado lugar á muchas discusiones, lo cual no ha impedido que lograra grandes aplausos; en Lara *El bigote rubio*, precioso juguete en un acto de Ramos Carrión; en la Zarzuela *La vuelta de los viveros*, zarzuela en un acto y tres cuadros de Fiacro Irayzoz, con muy bonita música del maestro Jiménez; en la Comedia *Pepito*, graciosa parodia del drama de Dicenta *Juan José*, escrita por los Sres. Lucio y Palomero; en Martín *La casa de la tiple*, zarzuela en un acto de Limendoux y Rojas, con bellísima música del maestro Calleja, y *Sacristán, reclusa y mártir*, zarzuela en un acto de los Sres. Navarro y Muñoz, con bonita música de don Ramón de Julián, y en Apolo con éxito extraordinario *Las zapatillas*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan y del maestro Chueca. En Lara se ha representado con aplauso la comedia en dos actos refundida por su autor, D. Luis M. de Larra, *Los corazones de oro*.

**Barcelona.**—En el Liceo se han cantado: *Lohengrin*, *Aida* y *Luca de Lamermoor*. En la primera fueron aplaudidos la señora Borelli y los Sres. Bertrán y Tabuyo; en la segunda han sido objeto de continuas ovaciones la señora Tetrizzini y el señor Mariacher, y en la última ha entusiasmado al público la señorita Pinkert. El maestro Vanzo ha demostrado en todas estas óperas ser un director notabilísimo: pocas veces se había oído en Barcelona una *Aida* como la que él ha concertado y dirigido. En el Principal obtiene entusiastas aplausos el sin par Novelli, que ha representado, como él solo sabe hacerlo, las principales obras de su escogido repertorio, en el que entran desde la más graciosa comedia á la tragedia de más alto vuelo. En el Tivoli se ha estrenado con buen éxito *Corazón de fuego*, zarzuela en tres actos de los Sres. Casademunt y Colomer con preciosa música del maestro Nicolau, y se ha reproducido con aplauso la bellísima zarzuela en tres actos de Camprodón y Gaztambide *El diablo las carga*, hace muchos años no representada.

**Necrología.**—Han fallecido:

Hjalmar Hjorth Boynsen, notable novelista noruego.

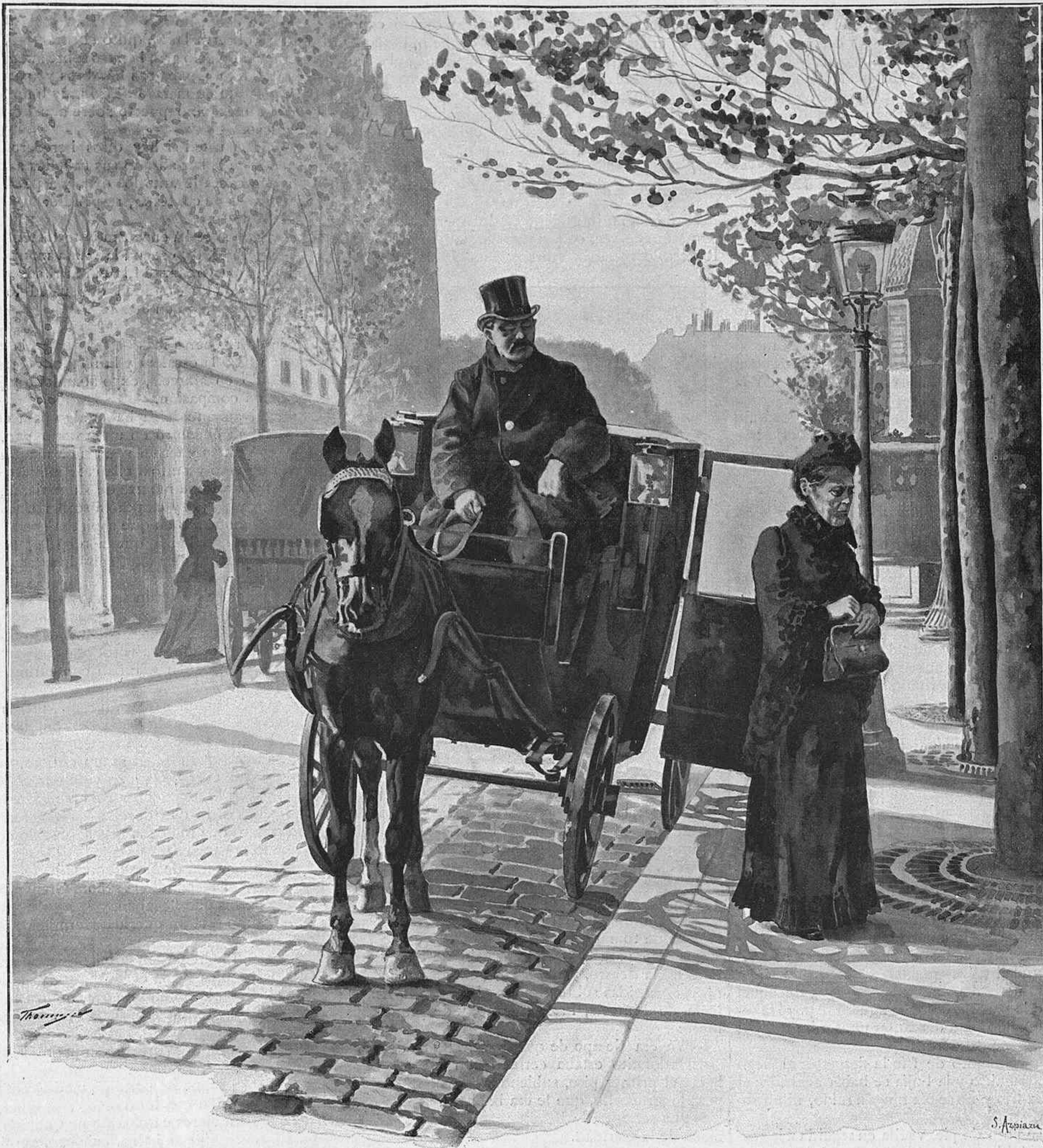
Félix de Larrey, profesor de Cirugía en París, médico que fué de Napoleón III.

Enrique Schilking, pintor paisajista alemán.

Samuel David, compositor francés y director, desde 1872, de la capilla de música del templo israelita de París.

Ricardo Morales, antiguo y notable actor español, director artístico del teatro Español de Madrid.





... un coche de punto se paró ante la verja del jardín

## ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

En un rincón de la fosa común reposaban los restos sangrientos y profanados, y no había habido una cruz sobre su tumba, un ataúd para sus huesos; ¡pavesa entre tantas pavesas!

Y durante años enteros, siempre injusto, él había blasfemado sobre aquella tumba, odiado á aquella mártir que, sin duda, había muerto pensando en él, al que debía reunirse al día siguiente. Había pedido una noche de reposo..., el reposo eterno había sido otorgado á aquel cuerpo rendido, á aquel corazón destrozado por una implacable fatalidad.

El había sido el artífice de aquella crueldad brutal: él se había reído mil veces de aquel cansancio continuo, de aquellos gestos lentos, de aquella tristeza invencible... Era que la muerte preparaba su obra, y él, ciego verdugo, la había ayudado con todas sus fuerzas.

De repente se levantó. ¿Qué había sido de su hija,

de aquella tierna criatura que los diarios designaban con el título de ¡PERDIDA! como una sortija, un brazalete, un perro, y que había sobrevivido á su madre para hundirse en el océano inmenso de París?

Con un estremecimiento de horror, que luego se trocó en otro de alegría, pensó que al perderla era tan niña, que ahora no llegaba todavía á ser mujer y que, gracias á su tierna edad, habría escapado á riesgos mucho más horribles que el hambre y la miseria.

— ¡Hija mía!, gritó levantándose; ¡oh hija mía! ¡yo te encontraré, si todavía vives!...

Este último pensamiento le horrorizó y cayó de nuevo sobre el asiento. Si ella había muerto, él estaba condenado. Y merecía no hallarla viva por haber osado dudar de su madre. Si la Providencia era justa, su hija debía haber sucumbido bajo el peso de la vida.

¿Cómo había podido acusar de un cobarde abandono á la mujer que le había amado hasta su último suspiro?

Recordó entonces que en la estación, al despedirse, había deseado marchar también, y que él la había reñido y rechazado por decidirse demasiado tarde...

¡Quién sabe! Quizá hubiese vivido sin aquella postrera brutalidad que hizo saltar su corazón ya lacerado.

El tren volaba entre las sombras; á entrambos lados de la vía, obscuridad y silencio; los vagones chirriaban al resbalar sobre los carriles y entrechocaban con ruido áspero y monótono... Poco á poco, después de un espacio de tiempo incontable, Simón Monfort vió una línea amarillenta surgir en el horizonte, una nube gris se destacó del azul todavía opalino y una estrella brillante como un diamante emergió de su masa y fulguró en la inmensa bóveda.



## XXVI

Marcela se despertó aterida. En el cuarto de la anciana había velado muchas horas después que la criada del doctor le llevó algo que comer y después que el mismo doctor había vuelto dándole la triste nueva de que no había encontrado ninguna mujer para velar a la señorita Herminia. Aquel día crudo había hecho llover sobre París tantas pulmonías como copos de nieve, y no quedaba una hermana de la Caridad sin enfermo. Le habían dicho que le enviarían una sin perder momento; pero había que avisarla en el convento central, pues todas las combatientes tenían ya un puesto de honor en la batalla... Y esa hermana podría tardar dos ó tres horas en venir.

— ¿Tienes miedo?, preguntó el médico mirando con atención a Marcela. ¿Quieres que te envíe al primero que encuentre? Pero eso es expuesto. Si roban algo en esta casa, tú serías responsable. ¿No lo comprendes? No importa. Ni siquiera puedo enviarte mi criada, porque ha de quedarse en casa para tomar los recados que traigan. Yo no dormiré en casa esta noche, pues aún me quedan visitas que hacer. Y la criada de los Breault, ¿no ha vuelto todavía?

Un aullido prolongado y lúgubre, que se oyó allí cerca, contestó á aquella pregunta. Marcela dijo tristemente:

— No; ha olvidado el perro, que ha aullado toda la noche. Hace una hora le he echado pan por encima de la pared... Ese pobre animal morirá de hambre...

— Sólo esto faltaba, pensó el médico; si ese condenado empieza á aullar, esta pobre niña sentirá más terror. Dime, continuó, ¿no tienes miedo de veras? Dime la verdad, hija mía.

— No estoy sola, pues estoy con la señorita Herminia.

El viejo médico no contestó. No se atrevía á decirle que al apuntar el nuevo día, su amiga habría muerto. Las congestiones pulmonares no dan á sus víctimas más tiempo para prevenirse, y al lucir el sol no tendría la pobre niña en este mundo por todo patrimonio sino el traje que llevaba y la cajita que tenía en el bolsillo.

Se fué con tristeza, no atreviéndose á anunciar aquella muerte y remordiéndole la conciencia por no hacerlo. Sin embargo, si la señorita de Beurenóm debía vivir todavía algunas horas, más valía aguardar la llegada de la hermana de la Caridad; así al menos no se desesperaría la niña durante aquella noche solitaria.

Cuando el doctor se hubo marchado, Marcela puso nuevo combustible en la chimenea y luego volvió al sofá. La señorita Herminia parecía calmada; no hablaba, y solamente sus manos se agitaban con movimiento maquinal y casi regular... Marcela no había visto jamás morir á nadie, y se alegraba de aquel cambio, que le parecía de buen agüero. Apoyó la cabeza en el respaldo para descansar unos minutos, y al cabo de un momento dormía.

Un estremecimiento de frío la despertó; el fuego se había extinguido y la bujía se había acabado; el cuarto estaba frío y no se oía ningún ruido, ni un soplo siquiera.

Marcela se puso de pie, vuelta en seguida á la realidad, y corrió á la ventana para tener luz. Apartó las cortinas, y por una costumbre de la infancia abrió aquella. Enfrente de ella, en la bóveda gris y pálida, brillaba la estrella de la mañana, como una gota de cristal herida por un rayo de sol... La niña la saludó con una mirada de reconocimiento, como un dichoso presagio: cerró la ventana y se dirigió hacia la cama.

La puerta se abrió suavemente, sin ruido, y las miradas de Marcela se dirigieron hacia ella y vió la cofia blanca de la hermana de la Caridad, avisada por el médico. En el momento en que la niña dirigía la mirada á la cama en que reposaba su amiga, cuyo rostro súbitamente adelgazado se marcaba apenas sobre la almohada á la pálida claridad de la aurora, sintió que una mano se apoyaba sobre sus ojos y otra sobre su hombro, obligándola á doblar las rodillas.

— Ruegue, usted, hija mía, le dijo una voz grave, ruegue por el alma de su bienhechora, que está sin duda en el paraíso.

Marcela obedeció, y en aquel momento conoció que desde la tarde anterior tenía el presentimiento de que la señorita Herminia debía morir.

## XXVII

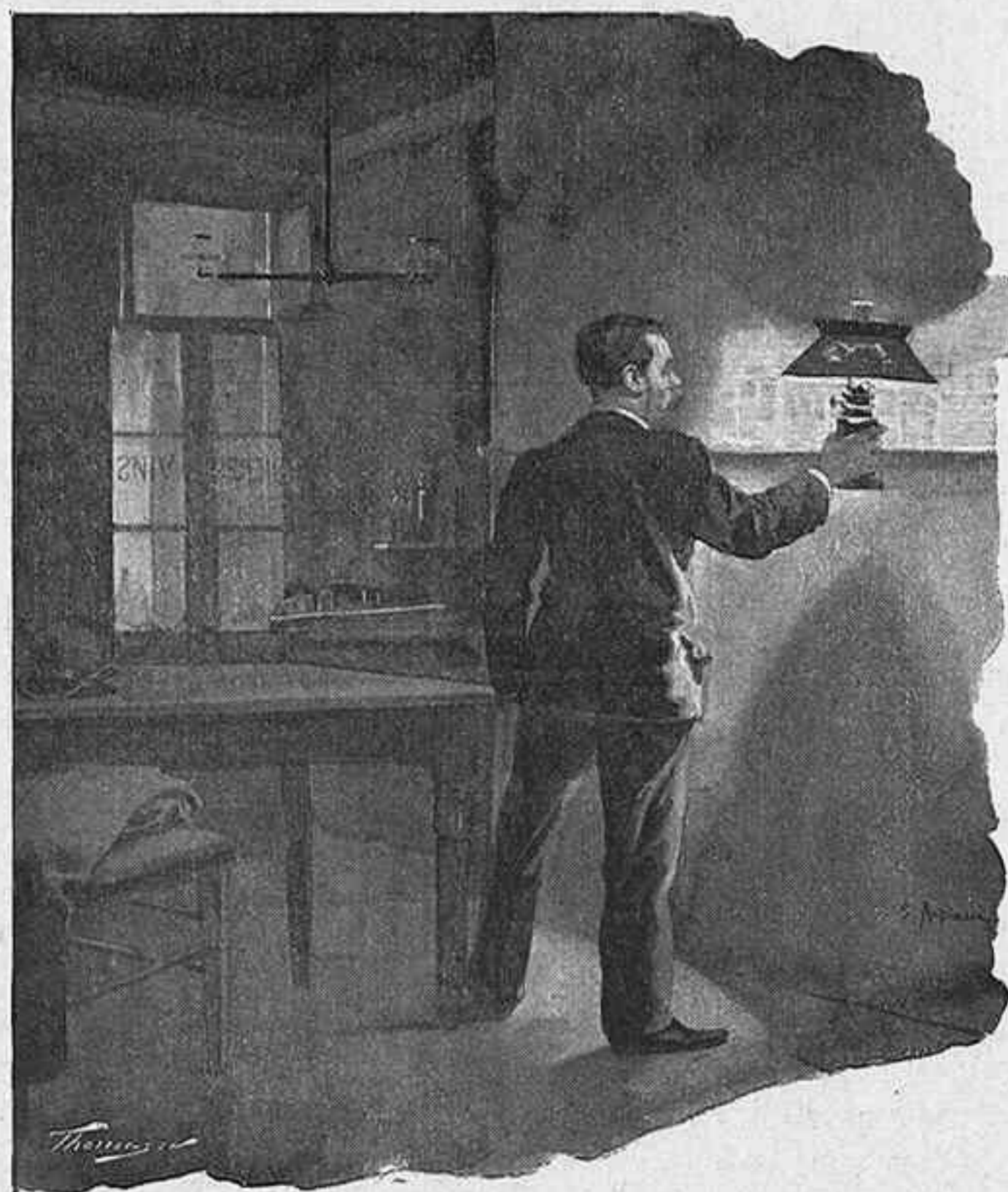
A las once de aquella mañana un coche de punto se paró ante la verja del jardín y bajó de él una mujer alta y seca, que llevaba en la mano una maleta de viaje de cuero negro, pelado y rojizo en los ángulos, y que, según su facha, debía haber visto muchas co-

sas y muchas personas desde que salió de manos del fabricante.

Aquella mujer llamó á la verja y esperó con las manos cruzadas, en tanto que el cochero, descontento de la propina, partía al trote, fustigando al caballo, que no tenía la más mínima culpa de la mezquindad de la vieja.

Nadie contestó á aquella llamada. Marcela no pensaba en nada, y la hermana de la Caridad no conocía el sonido de la campanilla para poder distinguir-lo del de las casas vecinas, que en aquella hora matutinal no cesaban de repiquetear casi todas á un tiempo.

La forastera, impacientada de esperar, tiró del cordón segunda vez, con tanta energía que el perro de Roberto contestó con una serie magistral de ladridos.



Mon'ort leyó hasta el fin  
(Véase la página 813 del número anterior)

Aquello no era propio para animar á la forastera, que creía al animal encerrado en el jardín del chalet. Llamó otra vez sin mejor resultado, y al cabo advirtió un pestillo, y alzándolo abrió la puerta y entró en el jardín.

Con paso rápido y seguro recorrió la larga avenida, y entró en la casa como si toda le perteneciera; pues desde el momento en que no había perro, no valía la pena de tomar precauciones.

Pasando ante la puerta entreabierta del comedor miró hacia dentro, y al ver la estufa apagada, las cenizas esparcidas sobre el mármol, la comida no acabada de Marcela, hizo un gesto, y de pronto murmuró:

— Ya era tiempo de que llegara. ¡Qué desorden!

El saloncito estaba cerrado con llave; se dirigió hacia el primer piso, subiendo la escalera con paso pesado y resuelto, que le era habitual.

— ¿La señorita de Beurenóm?, preguntó á la hermana de la Caridad.

— Ha muerto.

— ¡Ah!, exclamó la forastera algo turbada.

Por más que se haya hecho un viaje desde una apartada provincia para heredar, la palabra *muerte* siempre causa gran efecto.

Después de un momento de vacilación entró en el cuarto de la difunta, se aproximó á la cama donde yacía su parienta, trazó el signo de la cruz y juntó las manos. Sus labios se agitaban como si mascullara una plegaria, pero sus ojos escudriñaban los rincones de la habitación.

Cuando pensó haber cumplido bastante con lo que la decencia exigía, se volvió hacia la hermana de la Caridad, y con el acento de una persona que ha cumplido con su deber, dijo:

— Soy la señora Grenardón.

La hermana, joven todavía y poco acostumbrada á las maneras especiales de los herederos, hizo un gesto, mitad saludo, mitad interrogación. La señora continuó:

— El doctor me escribió ayer. Soy la heredera de mi prima.

La hermana de la Caridad hizo un gesto, pero que aquella vez no era un saludo. El acento de superioridad y los movimientos imperiosos de la recién venida le parecían poco oportunos ante el despojo mortal y apenas enfriado de una mujer que había sabido hacerse amar á lo menos por aquella huérfana que la había asistido en la hora dolorosa de la muerte.

— Hable usted más bajo, dijo la religiosa, poniendo un dedo sobre sus labios.

La señora Grenardón pareció sorprendida por aquella recomendación; pero como no tenía nada más que decir, no se pudo saber si sintió la necesidad de observarla. Se quitó el sombrero, que cubría una mata de pelo gris, lo puso sobre la cómoda, plegó el chal que tapaba sus hombros y apareció vestida con un traje de merino negro muy limpio, pero que parecía mezquino puesto sobre aquel cuerpo seco y anguloso.

— ¿Sabe usted si hay otros herederos?, preguntó después de haber alisado sus cabellos ante el espejo.

La religiosa levantó los ojos, y á pesar de que no tenía ganas de contestar, respondió:

— No lo sé.

— ¿Sabe si se ha encontrado testamento?

— No lo sé, dijo segunda vez la monja.

La señora Grenardón la miró irritada y luego dijo:

— Es verdad; es difícil que usted lo sepa... ¿Se puede comer algo en esta casa?

— No lo sé.

Sin entretenerse más en preguntar, la señora Grenardón bajó la escalera y la religiosa cerró la puerta, pensando en Marcela, cuyo abandono y juventud la movían á compasión.

Efectivamente debía haber algo para comer, pues la forastera encontró en un armario pan, en un bufete confituras y en un vasar una maquinilla de espíritu de vino y junto á ella café molido. Sin importarle un ardite la muerte de su parienta, arregló la aromática bebida y empezó á sorberla.

En el momento en que aspiraba con delicia la última gota que había quedado en la taza, y que era verdaderamente deliciosa, sonó bruscamente la campanilla de la verja.

La señora Grenardón se acercó á la ventana y vió entrar en el jardín, por el mismo procedimiento que ella había seguido, á un caballero joven todavía y una anciana, correctamente vestidos y que parecían extraños á la casa, según miraban con curiosidad cuanto veían.

— ¿Qué demonios querrán esos?, preguntó la vieja. Parece que acaban de llegar de Pontoise...

Indudablemente debía ser muy servicial en el fondo, á menos que no fuese muy curiosa, pues tuvo la atención de salir de la casa y de dar algunos pasos en el jardín hasta encontrar á los recién venidos.

— ¿Qué es lo que desean los señores?, preguntó con acento que indicaba que había sido comercianta ó que lo era todavía.

— ¿La señorita de Beurenóm?

— Es aquí, respondió la señora Grenardón, desconfiando de los que llegaban.

— ¿Cómo está mi querida Herminia?, preguntó la anciana.

La señora Grenardón la miró un momento, y luego volvió los ojos hacia el joven, que esperaba la contestación sombrero en mano y como si saludara.

— Ha muerto, replicó; ¿serían también ustedes parientes suyos?

— Soy su tía por parte de su padre, la señora Permeny, ¿y usted, señora?..

— Soy su prima de parte de madre, contestó la señora Grenardón con tono seco.

Las dos mujeres cambiaron una mirada chispeante. El joven, que se había cubierto, abrió la puerta de la casa y se apartó para dejar pasar á su madre; pero antes que ésta entrara, la otra, que no era tan vieja y sí más ágil, había ya enfilado el corredor.

Entraron todos en el comedor y la señora Permeny preguntó:

— ¿Hace mucho que está usted aquí?

— Una hora, contestó la prima, con un tono que parecía un martillazo aplicado sobre los dedos.

Madre é hijo cambiaron una mirada.

— Si no nos hubiera escapado el tren, hubiéramos llegado antes, dijo el joven.

— Esto sucede algunas veces, hizo observar la señora Grenardón, que no cesaba de mirarlos.

Los recién venidos no contestaron.

— ¿Quién la ha cuidado?

— Hay una hermana de la Caridad en las habitaciones de arriba, contestó la prima.

— ¿Y nadie más?

— Nadie más.

— ¿Y el médico que nos ha escrito?

— Supongo que va á venir; pero tampoco le he visto.

— Esperaremos su llegada, dijo el joven con aire decidido; siéntese usted, mamá.

La anciana se sentó y su hijo le quitó el abrigo. La señora Grenardón tomó una silla y los tres se miraron con aire de desafío. Como si obedecieran á un mismo pensamiento, sus rostros expresaron luego mayor confianza.

— Supongo que somos los únicos parientes de la querida Herminia, dijo el joven.



- No lo sé, contestó la prima; pero jamás he oído decir que la difunta tuviera muchos parientes.

- ¿Hay testamento?

- La religiosa no sabe nada.

La señora Permeny levantó la vista y dijo:

- Me han hablado de una niña á quien mi sobrina protegía y que vivía con ella.

La señora Grenardón fijó en la anciana una mirada parecida, no á un cuchillo que mata, sino á una sierra que destroza.

- También tenía una criada, una mujer que estaba á su servicio hace más de treinta años.

La prima indicó con un gesto que lo ignoraba y preguntó á su vez con acento agresivo:

- ¿Quién les ha dado esos detalles?

La otra no contestó, pues sin duda no le convenía indicar el origen de aquellos informes.

- ¡Vea usted lo que son los criados!, hizo observar su hijo: después de haberles protegido y colmado de beneficios, abandonan á sus amos en los momentos en que se ceba en ellos la desgracia.

La señora Grenardón asintió á lo que decía el joven.

- ¿Y en dónde se ocultan los obligados, los favorecidos, preguntó el joven, á quien una mujer más lista que la prima hubiese en seguida descubierto que era un abogado. ¿Dónde está esa niña, por la cual parece que había tenido muchas bondades?

La señora Grenardón indicó, encogiéndose de hombros, que lo ignoraba.

- Soy del parecer, dijo la señora Permeny, que podríamos recorrer la casa

Los otros dos herederos se levantaron con una prisa que demostraba cuán agradable les era aquella proposición. Sin duda alguna que cada uno de ellos hubiera preferido hacer solo aquella inspección; pero ya que era imposible, lo mejor era poner á mal tiempo buena cara, á fin de asegurarse de que todo se había hecho á conciencia.

La planta baja no fué objeto de grandes investigaciones, pues hasta la hora presente nadie ha oído decir que se escondiera un testamento dentro de una cacerola ó debajo de las losas de la cocina. Las cuevas y jardines parecen tener el monopolio de los escondrijos, mas nada indicaba que la señorita Herminia, que no debía haber previsto muerte tan repentina, hubiese pensado en ocultar las joyas ó la vajilla.

El saloncito estaba cerrado con llave, á pesar de un discreto empujón que había dado á la puerta el señor Permeny con el objeto de cerciorarse de que no era el pestillo enmohecido lo que resistía.

Viendo que la cerradura cumplía fielmente su cometido, los tres herederos tomaron el partido de subir al piso superior.

- Hé aquí la puerta de su habitación, dijo la señora Grenardón indicando el cuarto mortuorio: ahí está la religiosa.

- No entre usted, mamá, dijo el joven Permeny; estos tristes espectáculos la conmueven y la turban; la aflicción moral es ya un tributo pagado por la naturaleza á la pérdida de los allegados, no añada á ella la sacudida nerviosa que le producirá la vista de esos restos queridos.

La señora Permeny llevó el pañuelo á los ojos y no entró en la cámara mortuoria. Los tres se dirigieron hacia otra puerta, que era la del cuarto tocador. Aquella habitación clara y alegre tenía una ventana que daba á los jardines.

Las llaves estaban puestas en las cerraduras, y al abrir armarios y cajones aparecieron los vestidos y la ropa de la señorita Herminia, arreglados según costumbre; únicamente el traje que había llevado el último día yacía en el suelo, lleno de barro y todavía húmedo, lo que hizo encogerse de hombros á la prima provinciana. En la antecámara había una tercera habitación que había escapado á sus investigaciones, y en el momento en que los herederos miraban hacia ella, se abrió de par en par la puerta inundando de luz la oscura escalera, y Marcela apareció en el dintel.

Alta y esbelta, con los cabellos sueltos y con su bata de noche, de franela blanca, que le llegaba hasta los pies, semejava una aparición celeste. Los tres intrusos retrocedieron sorprendidos y espantados.

- ¿Qué es esto?, preguntó la señora Grenardón, que era la que tenía más presencia de ánimo.

Marcela los miraba con ojos asustados. Cuando á fuerza de palabras cariñosas y cuidados, la hermana de la Caridad había conseguido que se acostara, la niña había entrado en su cuarto y tendídose en el lecho, y durmió con sueño profundo, que, á lo menos por unas cuantas horas, le hizo olvidar su triste situación.

Durante aquel tiempo, la religiosa había buscado y encontrado dos vecinos para dar parte del fallecimiento á la alcaldía, esperando que el doctor, cuya

ausencia se prolongaba mucho, acabaría al cabo por venir y se cuidaría de las restantes ceremonias.

Aquel ruido de pasos y de voces había despertado á la niña. Al despertar estaba soñando que se encontraba en verano, que Rosa había vuelto y que la señorita Herminia estaba en el jardín, cubierta la cabeza con un sombrero de paja; Julio y Roberto jugaban con el perrazo, que daba saltos prodigiosos, y Marcela misma los miraba sonriente, apoyada contra su querida amiga... El estrépito de los tres pares de botas sonando en el recibidor despertó en ella, que aún soñaba, imágenes completamente contrapuestas: su imaginación pasó de repente, sin transición, al recuerdo de la noche de tempestad durante la cual llegó al chalet; lanzó un grito de terror, saltó de la cama y, no despierta todavía, abrió la puerta...



Soy la señora Grenardón

- ¿Qué es esto?, repitió la señora Grenardón, avanzando atrevidamente.

La blanca aparición retrocedió hasta el pie de la cama, y los herederos, ya tranquilizados, entraron en el cuarto.

- Es bonito este cuarto, hizo observar el joven Permeny, sacando unos lentes que hasta entonces había tenido guardados en su bolsillo y que dirigió hacia las cortinas, la cama y luego hacia Marcela. La niña miraba con terror y uno tras otro á aquellos desconocidos que violaban su santuario.

- ¿Quién es usted, hija mía?, preguntó la señora Permeny, con un acento á la vez digno y tranquilizador.

- Marcela Monfort, dijo la niña, alzándose el cabello.

- Es ella, dijo confidencialmente la anciana á su hijo.

Éste cerró los lentes y adoptó un continente reservado.

- ¿Quién?, preguntó la señora Grenardón con su voz áspera.

- Es la protegida de la señorita de Beurenom, dijo el joven Permeny en voz baja.

La prima echó á Marcela una mirada de víbora. Pero por fortuna la niña, avergonzada, estaba con los ojos bajos.

- Debe saber muchas cosas, insinuó la señora Permeny.

Su rival en herencia le lanzó una mirada de reconocimiento que significaba: Interroguémosla.

El interrogatorio empezó, efectivamente: Marcela de pie, con los pies desnudos sobre la alfombra, apoyada en su cama, estremeciéndose de frío y de pudor á un tiempo, contestó lo mejor que pudo, no comprendiendo por qué aquellas personas crueles escudriñaban hasta el fondo de sus recuerdos más sagrados.

¿Cuál era habitualmente la comida de la casa? ¿Cuánto ganaba Rosa? ¿La señorita Herminia ahorra mucho dinero? ¿Tenía muchos cubiertos y servicio de plata? ¿Debióse algo á los tenderos? ¿Marcela tenía profesores? ¿Le hacía la señorita muchos regalos?

- Sí, no, no sé...

La pequeñuela sólo daba estas contestaciones, sin saber si hacía bien ó mal al contestar. Todos los sentimientos de delicadeza de que estaba dotada y que la educación había desarrollado, pedían compasión en el

fondo de su alma, y los ojos cándidos de la niña, que la vergüenza no hacía ya bajar y que tenía fijos en sus verdugos, como implorando piedad, revelaban por modo claro la reacción de aquella alma tierna, de aquel espíritu levantado, contra aquellas criaturas mezquinas.

- ¿Y el notario?, insinuó el joven Permeny, sacando otra vez los lentes.

- No sé lo que es un notario, contestó Marcela haciendo un movimiento como para escaparse.

- ¿Y el testamento? ¿Sabe usted si ha hecho testamento?.., chilló la voz de la prima.

- Señores herederos, dijo la hermana de la Caridad detrás de ellos, se desea saber cuáles son sus intenciones para el entierro.

Se volvieron, y Marcela, libre de sus miradas, respiró con satisfacción.

La religiosa había desaparecido, y la puerta del cuarto mortuorio, cerrándose discretamente, indicó á los forasteros que aquélla había vuelto á su sitio.

Inquietos, observándose unos á otros, bajaron al comedor, donde encontraron á los empleados de la funeraria.

Al quedar sola, Marcela se apresuró á vestirse. Temblábanle febrilmente las manos al atar los cordones, al abrocharse las presillas.. Tenía prisa por estar vestida, por salir, para ir á cualquier parte. ¿Adónde? No lo sabía siquiera; pero para evitar las miradas de aquella gente que la interrogaron con tanta crueldad, hubiese ido al fin del mundo.

¿Dónde estaba el doctor? ¿Por qué no venía? No podía figurarse siquiera que el buen hombre, yendo de enfermo en enfermo, había vuelto á su casa á las cuatro de la madrugada, y á las cinco volvía á salir para ir al otro lado de París á visitar á un niño atacado de crup. Hay días que son para los médicos parecidos á los de batalla para un general en jefe. Es preciso saber acampar, sin tener necesidad de dormir, en el propio sitio del combate.

XXVIII

Los empleados de la funeraria se marcharon de allí sin órdenes precisas. El médico forense vino á cumplir con su triste cometido, y el Sr. de Permeny, asaltado por una idea súbita, salió poco después con una prisa que no hubiese hecho sospechar su incipiente gordura.

Entonces pasaba un ómnibus; saltó dentro y se dejó llevar hacia el centro de París, presa de los horrores de la incertidumbre.

Marcela, que había terminado de arreglarse, le vio salir, oculta detrás de las cortinas, y no pudo reprimir un ademán de satisfacción viendo aquel hombre, apenas conocido y ya aborrecido, desaparecer detrás de la verja. Abrió despacito la puerta de su cuarto y escuchó. Las dos señoras hablaban amistosamente en la planta baja; habían logrado dar con la llave del saloncito y se entretenían en escudriñar todos los muebles que encerraba.

Una antigua arquilla de nogal con aplicaciones de cobre fué materialmente saqueada; pero ni en sus cajones, que se sacaron uno á uno, ni entre sus divisiones, que se palparon y se auscultaron - si así puede decirse - para saber si encerraban algún secreto, pudo encontrarse el famoso y tan deseado como temido testamento.

Todos los papeles fueron clasificados, leídos, inventariados; pero el testamento no pareció.

Marcela tomó tantas precauciones para no hacer ruido, que no parecía sino que iba á cometer un crimen. Salió de su cuarto y se dirigió al de su amiga. Al poner la mano en el pomo, en aquel objeto familiar que tantas veces había oprimido en tanto que escuchaba una recomendación, un consejo ó contemplaba á su bienhechora cómo le sonreía, su corazón se conmovió y la fuente de sus lágrimas corrió de nuevo, aliviando el peso de su alma oprimida.

Entró y volvió los ojos hacia donde su amiga dormía tranquila el augusto sueño de la muerte. La breve enfermedad no había tenido tiempo de alterar sus facciones, y conservaba el aspecto sonriente casi que le era habitual; únicamente los ojos cerrados y la afilada nariz acusaban la presencia de la muerte. La religiosa levantó la cabeza y su mirada atrajo á Marcela, que se acercó al lecho y se apoyó en uno de sus pilares.

- ¡Oh, mi buena amiga, dijo en voz baja, oh bienhechora mía, que jamás me dirigió una palabra dura, que no me hizo nunca ningún reproche injusto, que me acogió cuando todos me rechazaban.., premie Dios todo el bien que me ha hecho, y ojalá le dé el sitio que á su lado merece.., mi buena amiga, mi amada bienhechora, á quien tanto y tan de veras he amado!

(Continuará)



### LAS MATANZAS DE CRISTIANOS EN KU-CHENG

En los números 714 y 720 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondientes al 2 de septiembre y 14 de octubre últimos respectivamente, dimos detallada noticia de la horrible matanza llevada á cabo en los misioneros cristianos de Ku-cheng y algunos individuos de sus familias, hasta el número de once personas, por un considerable grupo de afiliados á la secta china de los «Vegetarianos.» A los artículos en que nos ocupábamos de tan pausible crimen, acompañaban algunos grabados representando los retratos del misionero Stewart y su esposa, brutalmente asesinados; vistas del lugar de la catástrofe, y el sitio donde se ha dado entierro á las víctimas.

Hoy completamos estos detalles con otros grabados en que se representa el Tribunal y los presos, los jueces y la comisión; siendo estas las primeras ilustraciones que han llegado á Europa acerca del proceso seguido á los asesinos.

Gracias á la energía con que el presidente del Consejo de ministros de Inglaterra lord Salisbury hizo llegar sus reclamaciones al gobierno chino, éste no ha podido dar largas al asunto, sino que se ha visto obligado á proceder con toda diligencia para dar la satisfacción exigida, y sus órdenes han debido ser tan apremiantes que los miembros de la sociedad secreta de los Vegetarianos, responsables de los asesinatos, han ido cayendo en su poder uno tras otro, han sido cargados de cadenas, atormentados de varios modos y azotados cruelmente hasta que se les ha obligado á confesar su participación en el delito, habiendo sufrido en consecuencia la última pena.

Uno de los grabados que publicamos hoy, repre-

senta la sala del tribunal que los ha juzgado y que abunda en interesantes detalles. Las pequeñas mesas sobre las que se ven tazas de té para que la comisión refrescara, con el aditamento de bollos y pasteles y copas de vino para restaurar las fuerzas; las tiras de papel pintado pegadas á la pared, y el abanico venti-

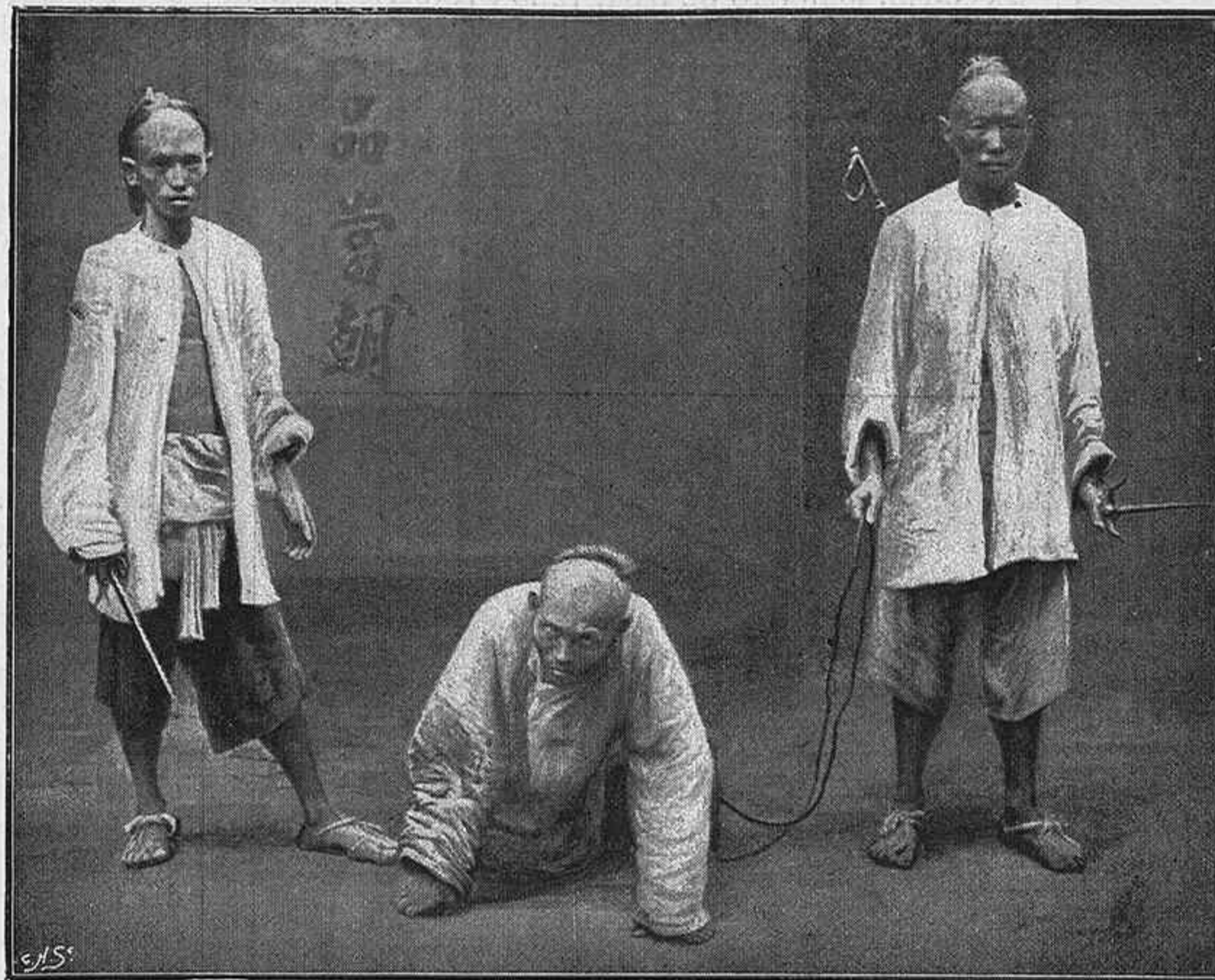
En el centro de la sala se situaba á los presos, arrodillados, ó mejor dicho, puestos á gatas ante sus jueces; allí se les sujetaban las piernas con cadenas para obligarlos á prosternarse; allí se les azotaba á pesar de las protestas de algunos jueces europeos, y después se les conducía á una estancia inmediata, donde se les apaleaba mientras continuaba la deliberación.

En otro de los grabados se ve al famoso Ming-Chiang-Chek, custodiado por los dos soldados que procedieron á su captura y que ganaron la recompensa de 800 dollars ofrecida al que lo cogiese. Dichos soldados llevan dagas desnudas en las manos, y uno de ellos sujeta la cuerda que va atada á la larga coleta del prisionero. Éste, arrodillado, con la manga de la blusa teñida en su propia sangre vertida por las heridas que le causaron sus aprehensores, fija la vista en los mandarines y europeos que debían juzgarle.

Ming-Chiang-Chek fué quien, empuñando un agudo tridente, rompió la marcha para allanar la casa misión y el primero que entró en ella; quien, según confesión propia, atravesó con su arma á una señora; quien ayudó al asesino de M. Stewart; quien dió muerte á una jovencita en la misma casa y acometió en seguida á miss Harsford, la cual pudo librarse de sus golpes gracias á haberla defendido su criado con indecible arrojo, aunque saliendo gravemente herido.

Sentenciado á muerte, el fanático sectario ha pagado con la vida sus abominables crímenes.

A pesar de tan inmediatos y justos castigos, es de temer que se reproduzcan análogos desafueros, pues la efervescencia continúa entre los sectarios chinos, que llevados de su fanatismo intolerante, de su ignorancia y de su antipatía á los occidentales, son materia dispuesta para todo atentado contra éstos. — X.

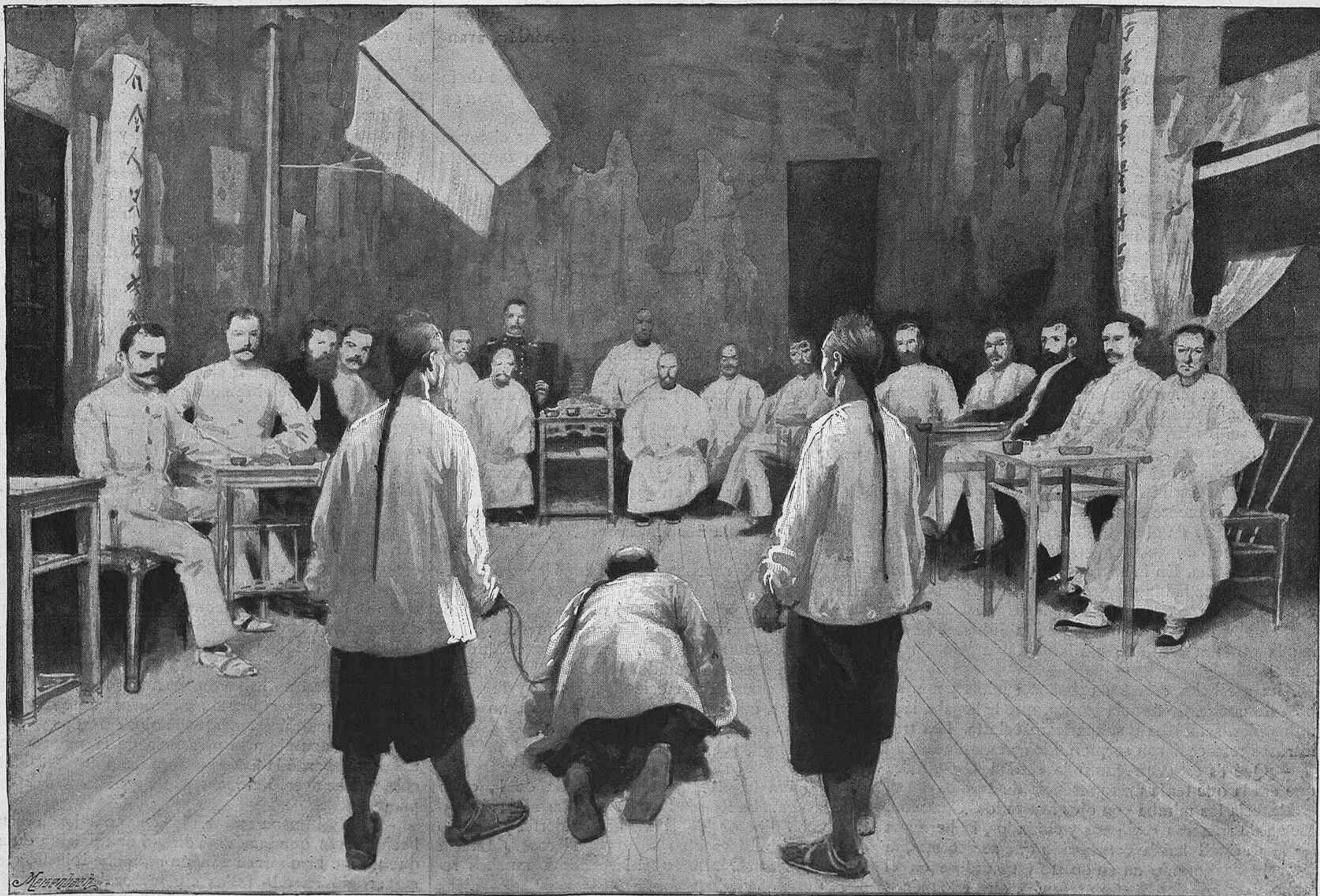


MING-CHIANG-CHEK,

uno de los asesinos de los misioneros de Ku-Cheng, el famoso n.º 7, condenado á muerte

lador colgado del techo, introducido por los europeos, son detalles dignos de nota.

Las figuras de los individuos que componen el tribunal son verdaderos retratos de los miembros de la comisión mixta, china, europea y americana que ha juzgado á los criminales.



LA MATANZA DE MISIONEROS EN KU-CHENG

PROCESO DE LOS ASESINOS. LA COMISIÓN INTERNACIONAL EN SESIÓN: UNO DE LOS PRESOS ANTE EL TRIBUNAL



LA PRINCESA

MARIA DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA  
Y SU HIJO CARLOS

El actual rey de Rumanía Carlos I no tiene sucesión directa, por lo que á su muerte heredará la corona rumana su sobrino Fernando de Prusia, hijo segundo de Leopoldo, príncipe de Hohenzollern, por haber renunciado á aquella sucesión su hermano mayor Guillermo en 1888. Fernando se casó en 11 de enero de 1893 con la princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha y de su matrimonio ha tenido dos hijos, Carlos é Isabel, nacidos respectivamente en 15 de octubre de 1893 y 11 de octubre de 1894. Carlos, cuyo retrato con el de su madre publicamos en esta página, es, pues, el presunto heredero del trono de Rumanía.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

ANANT PEL' MON, por Santiago Rusiñol. — Santiago Rusiñol, el artista tan justamente celebrado, maneja con la misma facilidad que los pinceles la pluma: pero lo mismo pintando que escribiendo resulta pintor, porque sus escritos son cuadros admirablemente observados, profundamente sentidos y reproducidos con todos los encantos y detalles del natural. Sus descripciones son gráficas, sus impresiones sinceras, sus juicios claros y justos y su lenguaje sencillo, familiar y elegante, con muchos toques de delicioso humorismo. Los artículos reunidos en el tomo que nos ocupa se leen con verdadero deleite porque son la expresión de lo que siente y piensa un hombre que tan bien sabe pensar y sentir, y reproducción fidelísima de lo que ve y observa un espíritu que tan admirablemente sabe ver y observar. *Anant pel' mon*, que ha sido elegantemente impreso en la imprenta *L'Avenç*, se vende á cuatro pesetas.

CUENTOS NACIONALES, por Angel Rodríguez Chaves. — Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen de sobra al autor de este libro, antiguo y asiduo colaborador de nuestro periódico: nada podemos, por lo mismo, decirles que no tengan más que sabido. Angel Rodríguez Chaves es, por decirlo así, un especialista para referir en forma novelesca los episodios de nuestra historia en el primer tercio de nuestro siglo; nadie le aventaja en ese género de cuentos que varias veces han podido saborear nuestros suscriptores. Doce de estas narraciones, á cual más bella, forman el tomo que nos ocupa y que lleva muchas y muy bonitas ilustraciones de Cilla, Mota, Rojas y Vidal. *Cuentos Nacionales* se vende á dos pesetas.



LA PRINCESA MARIA DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA Y SU HIJO CARLOS  
presunto heredero del trono de Rumanía

DOCE ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA, por Antonio Flores. — La *Biblioteca Diamante* que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. López ha publicado en sus tomos 33 y 34 la conocida obra de D. Antonio Flores *Doce españoles de brocha gorda*. Nuestros lectores han podido apreciar el género que con tanta gloria cultivó el eximio autor de *Ayer, hoy y mañana*: al mismo pertenece la obra que nos ocupa, y este es el mejor elogio que de ella puede hacerse. Los dos tomos se venden al precio de dos reales cada uno.

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA, 1896. — Multitud de artículos, epigramas, poesías y cuentos y unos tres-

cientos grabados de todos géneros constituyen este almanaque que con éxito creciente viene publicando la casa editorial barcelonesa López desde hace ocho años: figuran en él las firmas de nuestros primeros escritores y de los artistas españoles más reputados. Con tales elementos inútil es decir cuán agradables y entretenidas resultan la lectura de tantas bellezas literarias y la vista de tantos primeros artísticos. Como el *Almanach de la Esquilla de la Torratxa* es de los libros que por sí solos se recomiendan y que el público agota en poco tiempo, no hay necesidad de hacer de él mayores elogios. Véndese á una peseta en las principales librerías.

ARTE DE CURAR ENFERMOS, por el Dr. Trinidad Pardo de Tavera. — El distinguido doctor en medicina Sr. Pardo de Tavera acaba de publicar en Manila un libro en extremo interesante, destinado á prestar grande utilidad en el archipiélago filipino.

Trátase de una verdadera colección de instrucciones y consejos, encaminados á vulgarizar conocimientos útiles y necesarios, que por haberlos dedicado nuestro amigo á los indígenas del archipiélago, están escritos con suma sencillez y claridad.

Creemos que el ilustrado doctor ha prestado un gran servicio á su patria y á la humanidad, y en este concepto le felicitamos, deseando que pueda ver recompensados sus afanes.

LO SABBÁTH, ensayo poético en lengua catalana, por Julián Bastinos. — Debe considerarse la obra del Sr. Bastinos como un esfuerzo de imaginación, resultando en ella realizado el propósito que ha perseguido el autor; esto es, pintar con exactitud los hechos, de manera que se aproximen á la realidad.

Llama la atención el ingenio de que da muestra el Sr. Bastinos, al describir el *aquejarre*, para tratar de asuntos y escenas un tanto difíciles y escabrosas.

EL ENDECASÍLABO DACTÍLICO, por Eduardo de la Barra. — Una crítica de Clarín poco favorable al poeta nicaragüense Rubén Darío ha motivado una réplica del reputado escritor argentino Eduardo de la Barra, de la Real Academia Española, en la que se hace un estudio histórico-crítico del endecasílabo dactílico, cuyo origen en Castilla data del siglo xv. Es un trabajo eruditísimo, nutrido de datos interesantes referentes no sólo á la literatura castellana, sino que también á otras más remotas. Ha sido impreso en Rosario de Santafé, imprenta de Ferrazini y compañía, Rioja, 772.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
Empleado con el mejor exito  
**G GÉLIS & CONTÉ**  
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN**  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 centimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION  
**ASMA**  
y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.  
25 años de éxito, Med. Oro y Plata  
J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, Farm<sup>o</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Gatarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**Pildoras y Jarabe BLANCARD**  
Solucion **BLANCARD**  
Comprimidos de Exalgina  
Con Ioduro de Hierro inalterable.  
**ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.**  
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS, DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.  
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**  
Exijase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.





NUEVA CASA DE CORREOS DE COLOMBO (CEYLÁN.) De fotografía

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUEGAS y NEURALGIAS**  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provenca, PARIS  
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores  
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como  
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia  
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER**  
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos  
 contra 8 fr. - Depósito **ROCHER, Farmacéutico,**  
**112, Rue de Turenne, PARIS,** y FARMACIAS.  
 Envío gratis y franco de un estudio interesante  
 indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS.**  
 EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

Frasco 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pose y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES etc. St-Denis

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirma-  
 ciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la  
 Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se  
 conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el  
 Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones  
 escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto,  
 el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza,  
 coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre  
 empobrecida y decolorida: el **Vigor, la Coloracion y la Energía vital.**  
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIASE el nombre y AROUD**  
 la firma

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas la. Farmacias.

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS RES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
**FA<sup>o</sup> BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS**  
 y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en var os casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París